
II. EL TEXTO

EL ZORRO DE ARRIBA

y

EL ZORRO DE ABAJO

José María Arguedas

*A E. A. W. y al violinista Máximo
Damián Huamani, de San Diego de
Ishua, les dedico, temeroso, este liviado y
desigual relato.*

Primer diario

SANTIAGO DE CHILE, 10 DE MAYO DE 1968.

En abril de 1966, hace ya algo más de dos años, intenté suicidarme. En mayo de 1944 hizo crisis una dolencia psíquica contraída en la infancia y estuve casi cinco años neutralizado para escribir. El encuentro con una zamba gorda, joven, prostituta, me devolvió eso que los médicos llaman «tono de vida». El encuentro con aquella alegre mujer debió ser el toque sutil, complejo que mi cuerpo y alma necesitaban, para recuperar el roto vínculo con todas las cosas. Cuando ese vínculo se hacía intenso podía transmitir a la palabra la materia de las cosas. Desde ese momento he vivido con interrupciones, algo mutilado. El encuentro con la zamba no pudo hacer resucitar en mí la capacidad plena para la lectura. En tantos años he leído sólo unos cuantos libros. Y ahora estoy otra vez a las puertas del suicidio. Porque, nuevamente, me siento incapaz de luchar bien, de trabajar bien. Y no deseo, como en abril del 66, convertirme en un enfermo inepto, en un testigo lamentable de los acontecimientos.

En abril del 66 esperé muchos días que llegara el momento más oportuno para matarme. Mi hermano Aristides tiene un sobre que contiene las reflexiones que explico por qué no podía liquidarme tal y cual día. Hoy tengo miedo, no a la muerte misma sino a la manera de encontrarla. El revólver es seguro y rápido, pero no es fácil conseguirlo. Me resulta inaceptable el doloroso veneno que usan los pobres en Lima para suicidarse; no me acuerdo del nombre de ese insecticida en este momento. Soy cobarde para el dolor físico y seguramente para sentir la muerte. Las píldoras —que me dijeron que mataban con toda seguridad— producen una muerte macanuda, cuando matan. Y si no, causan lo que yo

con esa (1968); aquella (1969)

Abril (1968).

tengo, en gente como yo, una pegazón de la muerte en un cuerpo aun fornido. Y ésta es una sensación indescriptible: se pelean en uno, sensualmente, poéticamente, el anhelo de vivir y el de morir. Porque quien está como yo, mejor es que muera.

Escribo estas páginas porque se me ha dicho hasta la saciedad que si logro escribir recuperaré la sanidad. Pero como no he podido escribir sobre los temas elegidos, elaborados, pequeños o muy ambiciosos, voy a escribir sobre el único que me atrae: esto de cómo no pude matarme y cómo ahora me devano los sesos buscando una forma de liquidarme con devoción, molestando lo menos posible a quienes lamentarán mi desaparición y a quienes esa desaparición les causará alguna forma de placer. Es maravillosamente inquietante esta preocupación mía, y de muchos, por arreglar el suicidio de modo que ocurra de la mejor forma posible. Creo que es una manifestación natural de la vanidad, de la sana razón y quizá del egoísmo que se presentan bien disfrazados de generosidad, de piedad. Voy a tratar, pues, de mezclar, si puedo, este tema que es el único cuya esencia vivo y siento como para poder transmitirlo a un lector; voy a tratar de mezclarlo y entrelazarlo con los motivos elegidos para una novela que, finalmente, decidí bautizarla: «El zorro de arriba y el zorro de abajo», también lo mezclaré con todo lo que en tantísimos instantes medité sobre la gente y sobre el Perú, sin que hayan estado específicamente comprendidos dentro del plan de la novela.

Anoche resolví ahorrarme en Obrajillo, de Canta, o en San Miguel, en caso de no encontrar un revolver. Ha de ser feo para quienes me descubran, pero me he asegurado de que el ahorcamiento produce una muerte rápida. En Obrajillo y San Miguel podré vivir unos días rascándole la cabeza a los chanchos mostrencos, conversando muy bien con los perros y hasta revolcándome en la tierra con algunos de esos perros chuscos que aceptan mi compañía hasta ese extremo. Muchas veces he conseguido jugar con los perros de los pueblos, como perro con perro. Y así la vida es más vida para uno. Sí; no hace quince días que logré rascar la cabeza de un mionena (chanchito) algo grande, en San Miguel de Obrajillo. Medio que quiso huir, pero la dicha de la rascada lo hizo detenerse; empezó a grunitar con delicia, luego (¡cuánto me cuesta encontrar los términos necesarios!) se derrumbó a pocos y, ya echado y con los ojos cerrados gemía dulcemente. La alta, la altísima cascada que baja desde la inalcanzable cumbre de

rocas, cantaba en el gemido de ese mionena, en sus cerdas duras que se convirtieron en suaves; y el sol tibio que había caldeado las piedras, mi pecho, cada hoja de los árboles y arbustos, caldeando de plenitud, de hermosura, incluso el rostro anguloso y enérgico de mi mujer, ese sol estaba mejor que en ninguna parte en el lenguaje del mionena, en su sueño delicioso. Las cascadas de agua del Perú, como las de San Miguel, que resbalan sobre abismos, centenares de metros en salto casi perpendicular, y regando andenes donde florecen plantas alimenticias, alentarán en mis ojos instantes antes de morir. Ellas retratan el mundo para los que sabemos cantar en quechua; podríamos quedarnos eternamente oyéndolas; ellas existen por causa de esas montañas escarpadísimas que se ordenan caprichosamente en quebradas tan honradas como la muerte y nunca más fieras de vida; falderíos bravos en que el hombre ha sembrado, ha fabricado chacras con sus dedos y sus sesos y ha plantado árboles que se estiran al cielo desde los precipicios, se estiran con transparencia. Árboles útiles, tan bárbaros de vida como ese montonal de abismos del cual los hombres son gusanos hermosísimos, poderosos, un tanto menospreciados por los diestros asesinos que hoy nos gobiernan. ¡Querido hermano Pacheco, Teniente en Pinar del Río y tú, Chiqui, de la Casa de las Américas: cuando llegue aquí un socialismo como el de Cuba, se multiplicarán los árboles y los andenes que son tierra buena y paraíso! Felizmente las pastillas —que me dijeron que eran seguras— no me mataron, porque los conocí a ustedes y a ese joven armado de ametralladora que guardaba la entrada del Terminal Pesquero, en La Habana. El muchacho sonrió cuando le dijeron que era un amigo peruano invitado: «Entra, compañero, mira lo que hemos hecho». Y su rostro tenía la felicidad, la inteligencia, la fuerza, la generosidad natural de estas cascadas que en la luz del mundo y la luz de la sabiduría cantan día y noche. Aunque a mí ya no me cantan con toda la vida porque el cuerpo abatido no arde ya sino temblequeando. ¡Esa es, pues, la muerte, y la muerte también es necesaria, es conveniente! Sí, es tan sencillo, Pacheco, como tu ojo minúsculo en que fulguraba la fuerza con que mataste para construir lo que ahora es para ustedes la vida justa. Para los impacientes son inaceptables los días de cama o de invalidez previos a recibir la muerte. No; no los soportaría. Ni soporto vivir sin pelear, sin hacer algo para dar a los otros lo que uno aprendió a hacer y hacer algo para debilitar a los perversos egoístas que han convertido a millones de

morir. El deber de vivir y el de morir. Porque (1968).

lo (1968); el (1969).

tengo, en gente como yo, una pegazón de la muerte en un cuerpo aun fornido. Y ésta es una sensación indescriptible: se pelean en uno, sensualmente, poéticamente, el anhelo de vivir y el de morir. Porque quien está como yo, mejor es que muera.

Escribo estas páginas porque se me ha dicho hasta la saciedad que si logro escribir recuperaré la sanidad. Pero como no he podido escribir sobre los temas elegidos, elaborados, pequeños o muy ambiciosos, voy a escribir sobre el único que me atrae: esto de cómo no pude matarme y como ahora me devan los sexos buscando una forma de liquidarme con decencia, molestando lo menos posible a quienes lamentarán mi desaparición y a quienes esa desaparición les causará alguna forma de placer. Es maravillosamente inquietante esta preocupación mía, y de muchos, por arreglar el suicidio de modo que ocurra de la mejor forma posible. Creo que es una manifestación natural de la vanidad, de la sana razón y quizá del egoísmo que se presentan bien disfrazados de generosidad, de piedad. Voy a tratar, pues, de mezclar, si puedo, este tema que es el único cuya esencia vivo y siento como para poder transmitirlo a un lector; voy a tratar de mezclarlo y enlazarlo con los motivos elegidos para una novela que, finalmente, decidí bautizarla: «El zorro de arriba y el zorro de abajo»; también lo mezclaré con todo lo que en tantísimos instantes medité sobre la gente y sobre el Perú, sin que hayan estado específicamente comprendidos dentro del plan de la novela.

Anoche resolví ahorcarme en Obrajillo, de Canta, o en San Miguel, en caso de no encontrar un revólver. Ha de ser feo para quienes me descubran, pero me he asegurado de que el ahorcamiento produce una muerte rápida. En Obrajillo y San Miguel podré vivir unos días rascándole la cabeza a los chanchos mostrencos, conversando muy bien con los perros y hasta revolcándome en la tierra con algunos de esos perros chuscos que aceptan mi compañía hasta ese extremo. Muchas veces he conseguido jugar con los perros de los pueblos, como perro con perro. Y así la vida es más vida para uno. Sí; no hace quince días que logré rascar la cabeza de un mionena (chanco) algo grande, en San Miguel de Obrajillo. Medio que quiso huir, pero la dicha de la rascada lo hizo detenerse; empezó a gruñir con delicia, luego (¡cuánto me cuesta encontrar los términos necesarios!) se derrumbó a pocos y, ya echado y con los ojos cerrados gemía dulcemente. La alta, la altísima cascada que baja desde la inalcanzable cumbre de

morir. El deber de vivir y el de morir. Porque (1968).

lo (1968); el (1969).

rocas, cantaba en el gemido de ese mionena, en sus cerdas duras que se convirtieron en suaves; y el sol tibio que había caldeado las piedras, mi pecho, cada hoja de los árboles y arbustos, caldeando de plenitud, de hermosura, incluso el rostro anguloso y enérgico de mi mujer, ese sol estaba mejor que en ninguna parte en el lenguaje del mionena, en su sueño delicioso. Las cascadas de agua del Perú, como las de San Miguel, que resbalan sobre abismos, centenares de metros en salto casi perpendicular, y regando andenes donde florecen plantas alimenticias, alentarán en mis ojos instantes antes de morir. Ellas retratan el mundo para los que sabemos cantar en quechua; podríamos quedarnos eternamente oyéndolas; ellas existen por causa de esas montañas escarpadísimas que se ordenan caprichosamente en quebradas tan honradas como la muerte y nunca más fieras de vida; faldorios bravos en que el hombre ha sembrado, ha fabricado chacras con sus dedos y sus sesos y ha plantado árboles que se estiran al cielo desde los precipicios, se estiran con transparencia. Árboles útiles, tan bárbaros de vida como ese montañal de abismos del cual los hombres son gusanos hermosísimos, poderosos, un tanto menospreciados por los diestros asesinos que hoy nos gobiernan. ¡Querido hermano Pachequito, Teniente en Pinar del Río y tú, Chiqui, de la Casa de las Américas: cuando llegue aquí un socialismo como el de Cuba, se multiplicarán los árboles y los andenes que son tierra buena y paraíso! Felizmente las pastillas —que me dijeron que eran seguras— no me mataron, porque los conocí a ustedes y a ese joven armado de ametralladora que guardaba la entrada del Terminal Pesquero, en La Habana. El muchacho sonrió cuando le dijeron que era un amigo peruano invitado:

«Entra, compañero, mira lo que hemos hecho». Y su rostro tenía la felicidad, la inteligencia, la fuerza, la generosidad natural de estas cascadas que en la luz del mundo y la luz de la sabiduría cantan día y noche. Aunque a mí ya no me cantan con toda la vida porque el cuerpo abatido no arde ya sino temblequeando. ¡Ésa es, pues, la muerte, y la muerte también es necesaria, es conveniente! Sí, es tan sencillo, Pachequito, como tu ojo minúsculo en que fulguraba la fuerza con que mataste para construir lo que ahora es para ustedes la vida justa. Para los impacientes son inaceptables los días de cama o de invalidez previos a recibir la muerte. No; no los soportaría. Ni soporto vivir sin pelear, sin hacer algo para dar a los otros lo que uno aprendió a hacer y hacer algo para debilitar a los perversos egoístas que han convertido a millones de

mionena (1968 / 1969).

cristianos en condicionados buyes de trabajo. No detesto el sufrimiento. Quizá, inteligente compañero Dorticós, alguna vez el hombre elimine el sufrimiento sin menoscabar su poder. Tú, por ejemplo, en los minutos que te oí hablar parecías un sujeto que sabía de todo, y era inmune al sufrimiento, como tus antepasados. En otros casos no hay generosidad ni lucidez sino como fruto, en gran parte, del sufrimiento. Porque cuando se hace cesar el dolor, cuando se le vence, viene después la plenitud. Quizá el sufrimiento sea como la muerte para la vida. El hombre sufrirá, más tarde, por los esfuerzos que haga por llegar físicamente, que es la única llegada que vale, a las miríadas de estrellas que desde San Miguel podemos contemplar con una serenidad feliz que, aun a los condenados como yo, nos tranquilizan por instantes. Siempre habrá mucho que hacer.

aún (1968); (1969).

11 DE MAYO

Ayer escribí cuatro páginas. Lo hago por terapéutica, pero sin dejar de pensar en que podrán ser leídas. ¡Qué débil es la palabra cuando el ánimo anda mal! Cuando el ánimo está cargado de todo lo que aprendimos a través de todos nuestros sentidos, la palabra también se carga de esas materias. ¡Y cómo vibra! Yo me convertí en ignorante desde 1944. He leído muy poco desde entonces. Me acuerdo de Melville, de Carpenter, de Brecht, de Onetti, de Rulfo. ¿Quién ha cargado a la palabra como tú, Juan, de todo el peso de padecer, de conciencias, de santa lujuria, de hombría, de todo lo que en la criatura humana hay de ceniza, de piedra, de agua, de pudrición violenta por parir y cantar, como tú? En ese hotel, más muerto que vivo, el Guadalupe Hilton, nos alojaron juntos ¿de pura casualidad? Me contaste algo de cómo fue tu vida. Te despidieron y volvieron a nombrar algo así como veinte veces en los Ministerios de la Revolución Mexicana. Trabajaste en una fábrica de llantas. Dejaste el puesto porque te quisieron enviar a las oficinas de otro país. Mientras hablabas en tu cama, fumabas mucho. Me hablaste muy mal de Juárez. No debí sorprenderme de la heterodoxia con que ordenabas las causas y efectos de la historia mexicana, de cómo parecía que conocías a fondo, tanto o mejor que tu propia vida, esa historia. Y me hiciste reír describiendo al viejo Juárez como a un sujeto algo nefasto y con facha de mama-

rracho. Me acordé de la primera vez que te conocí en Berlín, de cómo te llevé del brazo al ómnibus, con cuánta felicidad, como cuando, ya profesional, volví a encontrar a don Felipe Mayra, en San Juan de Lucanas y ¡de repente! me sentí igual a ese gran indio al que había mirado en la infancia como a un sabio, como a una montaña condescendiente. ¡Igual a él! Y mientras los otros poblados me doctoraban estropeándome hasta la luz del pueblo, él, don Felipe, me permitió que lo tomara del brazo. Y sentí su olor de indio, ese hálito amado de la bayeta sucia de sudor. Y abracé a don Felipe de igual a igual. Don Felipe tiene pequeña estatura —aún vive—. Yo, que soy mediano, le llevo bastante en tamaño. Pero nos miramos de hombre a hombre. Y no era mayor mi asombro justificado, bien contenido y por eso mismo tenso. Nos miramos abrazados, ante el otro tipo de asombro de los poblados, indios y wiraqochas vecinos notables que estaban respetándome, desconociéndome. ¡Si yo era el mismo, el mismo pequeño que quiso morir en un maizal del otro lado del río Huallpamayo, porque don Pablo me arrojó a la cara el plato de comida que me había servido la Facundacha! Pero, también allí, en el maizal, sólo me quedé dormido hasta la noche. No me quiso la muerte, como no me aceptó en la oficina de la Dirección del Museo Nacional de Historia, de Lima. Y desperté en el Hospital del Empleado. Y vi una luz melosa, luego el rostro muy borroso de gentes. (Una boticaria no me quiso vender tres píldoras de seconal; dijo que con tres podría quedarme dormido para no despertar; y yo me tomé treinta y siete. Fueron tan ineficaces como la imploración que le dirigí a la Virgen, llorando, en el maizal de Huallpamayo.) Decía que era el mismo niño a quien don Pablo, el amo del pueblo, gamonalicio de entonces, le arrojó la comida a la cara, pero sin duda al mismo tiempo era bien otro. Ese bien otro y el chico del maizal, sin embargo, eran una sola cosa y don Felipe, bajo de estatura, macizo, antiguo y nuevo como yo, lo aceptó, lo encontró natural que así fuera. Por eso me trató de igual a igual, como tú, Juan, en Berlín y en Guadalupe y en Lima, también en ese pueblo de Guanaquato, fregado hasta nomás, como el Cuzco. Tú fumabas y hablabas, yo te oía. Y me sentí pleno, contentísimo, de que habláramos los dos como iguales. En cambio, a don Alejo Carpentier lo veía como a muy «superior», algo así como esos poblados a mí, que me doctoraban. Sólo había leído El reino de este mundo y un cuento; después he leído Los pasos perdidos. ¡Es bien distinto a nosotros! Su inteligencia penetra las cosas

wiraqochas (1968), wiraqochas (1969).

«El reino de este mundo» (1968)
«Los pasos perdidos» (1968)

de afuera adentro, como un rayo; es un cerebro que recibe, huido y regocijado, la materia de las cosas, y él las domina. Tú también, Juan, pero tú de adentro, muy de adentro, desde el germen mismo; la inteligencia está; trabajó antes y después.

Bueno, voy a relatar lo que he escrito; estoy bastante confundido, pero, aunque muy agobiado por el dolor a la nuca, algo más confiado que ayer en el hablar. ¿Qué habré dicho, Juan? A Onetti lo vi en México. Andaba con bastón, atendido por algunas que le conocían. Yo no había leído nada de él. Lastima. Le hubiera saludado; a don Alejo no me atrevía a acercarme, me lo presentaron dos veces. Dicen que es tímido, pero sentía o lo sentía como a un europeo muy ilustre que hablaba castellano. Muy ilustre, de esos ilustres que aprecian lo indígena americano, medidamente. Dispénsame, don Alejo; no es que me caiga usted muy pesado. Oí en usted a quien considera nuestras cosas indígenas como excelente elemento o material de trabajo. Y usted trabaja como un poeta y un erudito. Difícil hazaña. ¿Cómo maravilla le iluminan a usted y le instrumentan tantas memorizaciones de todos los tiempos? Onetti tiembla en cada palabra, armoniosamente; yo quería llegar a Montevideo —estoy en Santiago— entre otras cosas para saludarlo, para tomarle la mano con que escribe. Así es. Carlos Fuentes es mucho artificio, como sus ademanes. De Cortázar solo he leído cuentos. Me asustaron las instrucciones que pone para leer Rayuela. Quedé, pues, mercedamente eliminado, por el momento, de entrar en ese palacio. Lezama Lima se regodea con la esencia de las palabras. Lo vi comer en La Habana como a un injerto de picaflor con hipopótamo. Abría la boca; se rociaba líquido antiasmático en la laringe y seguía comiendo. ¡Gordo fabuloso, Cuba que ha devorado y transfigurado la miel y hiel de Europa!

13 DE MAYO

Me siento a la muerte. Un amigo peruano me llevó anoche a una boîte-teatro fea; le dijeron que presentaban danzas y cantos chilenos. Era cierto, muy entretenido para el público al que vanidosa aunque «objetivamente» llamamos vulgar, frívolo, etc. Entre calatas, cómicos, conjuntos de jazz y de pelucones, todo mediocre, apareció un «ballet» chileno. ¡Mal-

ditá sea! No digo que ya no es chileno eso; pero para los que sabemos cómo suena lo que el pueblo hace, estas mojigangas son cosa que nos deja entre iracundos y perplejos. Yo no diría tampoco, como otros sabidos, que eso es una pura cacana. Algo sabe a chileno. Los «huasos» aparecen muy adornaditos, amariconados (casi ofensa del huaso) y las muchachas algo achuchumecadas (como no queriendo perturbar la friolidad de los contentillos que pagan el espectáculo) con la gracia fuerte del mucho y de la hembra humanos, encachados, que en el campo o en la ciudad no entran en remilgos cuando cantan y bailan lo suyo y así transmiten el jugo de la tierra. No digo que entre la llamada «aristocracia» y la descujada clase media de estos pueblos no haya también gente que ha conservado ese jugo. Pero, casi todos se amamarran con las «convenciones» sociales, con ese enredo fenomenal en que aparecen estos «huasos» amariconados, estas muchachas achuchumecadas, que así se achuchumecan para convertir los bailes de la gente fuerte en «espectáculo agradable y nacional». ¡Maldita sea, negro Gastiburrú! Tú eras médico, un doctor. Y maldecíamos juntos estas cosas que son fabricaciones de los «gringos» para ganar plata. Todo eso es para ganar plata. ¿Y cuando ya no haya la imprescindible urgencia de ganar plata? Se desmariconizará lo mariconizado por el comercio, también en la literatura, en la medicina, en la música, hasta en el modo como la mujer se acerca al macho. Pruebas de eso, de lo renovado, de lo desvenilecido encontré en Cuba. Pero lo intocado por la vanidad y el lucro está, como el sol, en algunas fiestas de los pueblos andinos del Perú.

Y no es que lo diga como que fuera un sectario indigenista. Lo vieron y sintieron, igual que yo, gente que vi llegar de París, de los Estados Unidos, de Italia y gente criada en Lima, de algunos de esos que han crecido en «sociedades» bien cuajadas o descuajándose. ¿No es cierto Gody, E. A. Westphalen, Jaqueline Weller...? Estoy seguro que a don Alejo también le llegarán mucho esas fiestas, aunque él quizá permanecería serio; poco comunicativo, amasando por dentro quizás cuántas sutilezas, encadenamientos de la fiesta con los griegos, asirios, javaneses y cien nombres más, raros y ciertos. En cambio, ese Carlos Fuentes no entendería bien, creo. Perdonenme los amigos de Fuentes, entre ellos Mario (Fargas Llosa) y este Cortázar que aguijonea con su «genialidad», con sus solemnes convicciones de que mejor se entiende la esencia de lo nacional desde las altas esferas de lo

humanos encachados que (1968)

JUANES, ESCALAS (1968), (1969)

cómo (1968)

Jaqueline Weller (1968)

«Rayuela» (1968)

miel [...] de (1968).

cierto. Muy (1968); cierto, muy (1969).

supranacional. Como si yo, criado entre la gente de don Felipe Maywa, meido en el oollo* mismo de los indios durante algunos años de la infancia para luego volver a la esfera «supraindian» de donde había «descendido» entre los quechuas, dijera que mejor, mucho más esencialmente interpetto el espíritu, el apetito de don Felipe, que el propio don Felipe. ¡Falta de respeto y legítima consideración! No se justifica. No hablaría así ese García Márquez que se parece mucho a don Carmen Taripha, de Marangani, Cuzco. Carimen le contaba al cura, de quien era criada, cuentos sin fin de zorros, condenados, osos, culebras, lagartos; imitaba a esos animales con la voz y el cuerpo. Los imitaba tanto que el salón del curato se convertía en cuevas, en montes, en punas y quebradas donde sonaban el arrastrarse de la culebra que hace mover despacio las yerbas y charamuscas, el hablar del zorro entre chistoso y cruel, el del oso que tiene como masa de harina en la boca, el del ratón que corta con su filo hasta la sombra; y don Carmen andaba como zorro y como oso, y movía los brazos como culebra y como puma, hasta el movimiento del rabo lo hacía; y bramaba igual que los condenados que devoran gente sin saciarse jamás; así, el salón cural era algo semejante a las páginas de los Cien años... aunque en Cien años hay sólo gente muy desanimalizada y en los cuentos de la Taripha los animales transmitían también la naturaleza de los hombres en su principio y en su fin.

Creo que de puro enfermo del ánimo estoy hablando con «audacia». Y no porque suponga que estas hojas se publicarán sólo después que me haya ahorcado o me haya destapado el cráneo de un tiro, cosas que, sinceramente creo aún que tendré que hacer. Puede también que me cure aquí, en Santiago, como en 1962, de un mal de la misma laya y origen, aunque menos grave y en edad todavía de merecer. Y si me curo y algún amigo a quien respeto me dice que la publicación de estas hojas serviría de algo, las publico. Porque yo si no escribo y publico, me pego un tiro. En San Miguel de Obrajillo me entró la tentación de seguir viviendo aunque no fuera sino para sentir el sol de ese pueblo y pasar los días acariando a los perros y a los chanchitos mostrencos. Sin embargo, ese placer no compensaría por mucho tiempo. Aunque con un perro, especialmente de esos de pueblo serrano, que andan por calles y campos pensando bien en lo que

* Oollo: pecho [La versión (1968) del Primer diario no incluye notas del autor. Notas del ed.]

hacen, yo me llevo muy bien, no acallaría esa antigua amistad las mil ansias que un individuo tan revuelto como yo, tan impaciente, cultiva y multiplica. ¡Como se murió mi amigo Guimaraes Rosa! Cada quien es a su modo. Ese modo de escribir sí que no da lugar a genialidades como las de don Julio, aun cuando sean para utilidad y provecho. Guimaraes me hizo una confidencia en México, mientras yo me sentía más «deprimido» que de cotidiano, a causa de una fiebre pasajera. No he de confesar de qué se trata. Pero, entonces, sentí que ese Embajador tan majestuoso, me hablaba porque había, como yo, «descendido» hasta el cuajo de su pueblo; pero él era más, a mi modo de ver, porque había «descendido» y no lo habían hecho «descender». Luego de contarme su historia, sonrió como un muchacho chico. Ningún amigo citadino me ha tratado tan de igual a igual, tan íntimamente como en aquellos momentos este Guimaraes; me refiero a escritores y artistas; ni Gody Szyzlo, ni E. A. Westphalen, ni Javier Sologuren, menos aún los extranjeros notables. Algo... el Pepe Revueltas, aunque de otro modo. Guimaraes no parecía mordaz, no parecía haber aprendido eso. La mordacidad la he conocido en los escritores inteligentes y enfadados. A esa altura no llegamos, creo, quienes estamos muy amagados por la piedad y la infancia. Pienso en este momento en Nicanor Parra, ¡cuánta sabiduría, cuánta ternura y escepticismo y una fuerte coraza de protección que deja entrar todo pero filtrando, y una especie no de vanidad sino de herida abierta para las opiniones negativas de su obra! ¡Qué modo increíble de ponerse amargo e iracundo por esas cosas! En la ciudad, amigos, en la ciudad yo no he querido creer que a nadie más que a Nicanor ni me he extraviado más de alguien que de él. Pero, ¿por qué tengo que decir estas cosas de Nicanor? Mucha ciudad tenía adentro o tiene adentro ese caballero tan mezclado y nacido en pueblo, el más inteligente de cuantos he conocido en las ciudades. ¡Lo que hablaba, sabía y no sabía o no sabe de las mujeres! Su hermano Roberto fue mucho más hermano mío que de él; ¡claro! porque mi trato con Roberto era todo por el lado bueno. Dispensen que diga que este Roberto se había atacado para siempre de ternura en cientos de los más pobres prostíbulos de Chile donde cantaba y tocaba guitarra, mientras que yo me hice igual a él en los ayllus* de Ayacucho, entre las indias que sufrían y cantaban como picaflores que van al sol, lo

* Ayllu: comunidad indígena.

beben y vuelven. En el mismo cuarto dormíamos, Roberto y yo, en casa de Nicanor, en la Reina, cuando vine enfermo en 1962. Otra vez usaré de la misma cantaleta: pues sí, para mí Roberto era como un Felipe Mayuwa, más joven, más accesible. Porque mientras que Roberto hablaba con voz de persona resignada, con poco porvenir, bastante triste y muy anheloso de estimación, don Felipe me acariciaba en San Juan de Lucanas, como a un becerro sin madre y él tenía la presencia de un indio que sabe, por largo aprendizaje y herencia, la naturaleza de las montañas inmensísimas, su lenguaje y el de los insectos, cascadas y ríos, chicos y grandes; y si bien era «lucuy» de mi madrastra, o a veces creo que vaquero, se presentaba ante ella como quien puede dispensar protección, como quien de hecho está procurando protección, a pesar de ser sirviente. Todo el porvenir mío y el de mi madrastra, que era patrona de don Felipe, parecía depender de don Felipe Mayuwa. Así me parecía, no sé por qué; debía ser por algo. Y cuando este hombre me acariciaba la cabeza, en la cocina o en el corral de los becerros, no sólo se calmaban todas mis intranquilidades sino que me sentía con ánimo para vencer a cualquier clase de enemigos, ya fueran demonios o condenados. Y yo era muy intranquilo; estaba solo entre los domésticos indios, frente a las inmensas montañas y abismos de los Andes donde los árboles y flores lastiman con una belleza en que la soledad y silencio del mundo se concentran. Este Roberto, hermano de Nicanor Parra, cantaba con otro tipo de soledad, aunque algo parecida; rasgaba la guitarra en cuecas como desesperadas, de alegría más ansiosa que disfrutada. Por eso fuimos tan amigos en la Reina. Me hablaba de un amigo suyo que se había quedado sentado sobre una piedra, con el ojo todo colorado, esperando. ¡Qué estupenda era la vida con Nicanor y Roberto Parra! ¡Cómo han bebido el jugo, tan distintos y diversos jugos del mundo, estos hermanos! ¡Charlaba con Roberto en un estado de confianza, amigos, que es una de las formas más raras de ser feliz. Me contaba cosas de los protóbulos y yo, cuentos de animales y condenados, que es mi fuerte. Roberto se emborracha hasta la agonía; yo me enfermo de soledad e ilusión quizá patológicas, y «por puro gusto», porque soy amado por buena y bella gente, como mi mujer por ejemplo. Pero algo nos hicieron cuando más indefensos éramos; yo recuerdo muchas cosas, pero dicen que más peligrosas son aquellas de las que no nos acordamos. Así será. ¿Y García Márquez? De él creo que estaba diciendo algo. Ese cuenta cosas del ser humano de este

vencer cualquier (1968).
enemigo (1968).

Continente, del individuo muy contaminado con los pareceres y modos de ser de Europa, cuenta con la fantasía y certidumbre con que Carmen contaba historias de osos y culebras. Absolutamente cierto y absolutamente imaginado. Carne y hueso y pura ilusión. No conocí a Gabriel. Yo estaba muy apabullado cuando vino a Lima. Y sabía que lo tenían muy atungido los curiosos, los entendidos y los admiradores. Es justo, no puede ser como don Alejo ni como Juan; éno será una combinación de Carpentier, Ruso y Carmen Taripha, en su modo vivo? Dicen que cautiva, ¡qué bien! Entonces tendrá también algo del negro Castiaburú.

cautiva [qué] (1968).

15 DE MAYO

Hice algo contraindicado anoche, contraindicado por mí. Cada quien toma veneno, a sabiendas, de vez en cuando; y yo siento los efectos en estos instantes. En mi memoria, el sol del alto pueblecito de San Miguel de Obrayillo ha cobrado, de nuevo, un cierto color amarillo, semejante al de esa flor en forma de zapatito de niño de pechos, flor que crece o que prefiere crecer no en los campos sino en los muros de piedra hechos por los hombres, allí en todos los pueblos serranos del Perú. Esa flor afelpada donde el cuerpo de los moscones negrísimo, los huayronquos, se empolva de amarillo y permanece más negro y acerado que sobre los lirios blancos. Porque en esta flor pequeña, el huayronco enorme, se queda, manotea, aletea, se embute. La superficie de la flor es afelpada, la del moscón es lúcida, azulada de puro negra, como la crin de los potros verdaderamente negros. No sé si por la forma y color de la flor y por el modo así abrasante, medio como a muerte, con que el moscardón se hunde en su corola, moviéndose, devorando con sus extremidades ansiosas, el polvo amarillo; no sé si por eso, en mi pueblo, a esa flor le llaman ayaq sapatillan (zapatilla de muerto) y representa el cadáver. La ponen a ramos en los féretros y en el suelo mortuario junto a los cadáveres. Haber recordado tan fuertemente al huayronco y esos ramos de flores y el sol de San Miguel de Obrayillo a medio crepúsculo, es un síntoma negativo. Yo estaba ya aproximándome animadamente a la vida, hasta ayer. Hoy no me siento a la muerte, como decía el lunes 11. Decirlo sería, en cierta forma, afirmar o dar muestras de lo contrario. Ahora, en este momento, el amarillo, no sólo mal

huayronk'os (1968) por
ronquos [un particu-
lar] (1983)

«ayaq» sapatillan (19
ayaq sapatillan [sin
dual gráfica] (1983)

amarillo no sólo (196)

antes de la guerra. Los alcatraces volaban planeando como señores dueños.

—De-de de sa «zo-zo-zorra» vives, maricón —le contestó el Tarta—. Vi-vi-vive la patria.

—Vive y suda, Tarta bestia. Asto agoniza, como pez en la arena caliente.

—No-no-no seas caballo. A-a-asto pe-pe-pelea co-co-con uñas y dientes, en-en-en cualquier parte.

Lo vieron salir del cuartocho, abrazado de una mujer bajita. Ella cargaba en el brazo derecho una maleta pequeña. Zavala, seguido del Tarta, se dirigió hacia la pareja.

—Te presento a m'herrmana —dijo Asto a Zavala—. Yo... como cabrón Tinoco era. Ahora, ochinta toneladas de diario, tres semanas hey cobrado. Me compleaños es, me santo. Tengo billete para meter al garganta del Tinoco, del Braschi también, se quiere. ¡Adiós prostíbulo «corral»; adiós, adiós, ¡ay! mala vida!

Se fueron. Dejaron abierta la puerta del cuartocho. Zavala y el Tarta los siguieron hasta el campo de estacionamiento de los automóviles.

—¡Jefecito, patroncito —le dijo Asto a un chofer—. Llévame barrio Aciro, con coidado.

—Friste puta te llevas —comentó el chofer.

—Nu, caballiro, m'herrmana es. ¡Santo de mí, ahora!

A poco de arrancar el automóvil, el chofer oyó que el pasajero hablaba en quechua, fuerte, casi gritando ya. La mujer le contestaba igual. Hablaron, después, juntos, al mismo tiempo. Parecía un dúo alegre y desesperado. «¡Estos serrano! Nadie sabe, nunca», dijo silabeando, despacio, el chofer.

—Una pascada más a la «Narizona», oye, Tarta —rogó Zavala a su paisano—. Una pascada.

—Tú solo, güevón. Yo voy a la gran chucha'e tu madre que n-n-nos alimenta, que-que-que parió a Brachi, a Rincón. Chimbote re-re-resplandece hu-hu-humo, llama vi-vi-viva. ¡Chucha vida!

Se fue rengueando sobre la arena.

«Poeta tartamudo, avaro; señor de pueblo que era, ése sólo fornicó a la gran "zorra" que es la bahía —se quedó reflexionando Zavala—. Antes espejo, ahora sexo millonario de la gran puta, cabroneada por cabrones extranjereados, mafiosos. Y, y el indio ése, pendejo, discípulo arrepentido del Tinoco, ¡que se vaya a la

prostíbulo [...]; (1969).

un dúo [...]. (1969).

mierda!». Luego se echó a andar hacia el salón rosado.

Con la luz neón su saco azul ennegreció y se encendió un brillo en la superficie; era de tela sintética. «Tiburonzos cabrones, cabronean a Chimbote, cabronean al Perú desde el infierno putó.» Reflexionando ingresó Zavala al callejón rosado. De tres, de cuatro, de a uno salían hombres apurados. «No tienen cara, creo, éstos, o yo tengo los ojos hechos brea...» Y empezó, nuevamente, a dar paseos cortos frente a la misma puerta.

—Entra, Za-za-zavala —oyó que le decía el zambo Mendieta—. ¡Por los clavos!... de tu taco, entra —lo invitó, manteniendo la puerta abierta—. Ahí, con la «Narizona», nu'hay tiempo pa'pensar. Yo me largo ya.

—Es una «deferencia» Mendieta. Entro —dijo Zavala. Por primera vez pasó ese umbral. Mendieta le cerró la puerta desde afuera. Zavala corrió el cerrojo.

La «Narizona» medio se arrodilló sobre la cama. La luz roja del velador, un foquito en forma de lanza, le alumbraba la cara, el filo bravo de la nariz.

—Tanto tiempo paseas —dijo—. Reloj despertador sin dueño.

—Mejor es pasear —contestó Zavala, y se volvió hacia la puerta.

—No. ¡Flaco animal! —saltó de la cama la «Narizona»—. El zambo me ordena. Yo te hago lo que quieras; por él.

—Como la gran «zorra» de Chimbote cuando ordenan de New York a Lima y de Lima a Chimbote, ¡las huevas, cabrona! ¡Finish!

Zavala abrió la puerta y salió. Una pequeña cola de hombres se formó inmediatamente frente a esa puerta.

salió. Regresó al «
(1969). En la versión
continuación y esp
que cierra el prime
versión definitiva
dormía...».

la laca (1969); la Nar

El «corral» lo cerraban antes que los pabellones. Cuando la «Narizona» subía a un taxi en el campo de estacionamiento, apagaron los focos del poste en el «corral», y el arenal pisoteado como por patas de palomas era emparejado por el viento. Un guardián juntó la puerta de madera del cerco, le echó cadena y un candado rojo enmohecido que tenía forma de escudo.

Mientras, y flameadas por el viento tres chuchumecas subían hacia la barriada de San Pedro, por uno de los caminos que seguían las pías de burros de los aguate-

ros. Eran putas del «corral». No aceptaban pagar la costosa tarifa que los taxis de la ciudad pedían de noche para subir hasta la barriada del gran médano. Nunca se estaba seguro de que no se atascarían las ruedas.

Las tres andaban en fila por el angosto camino que los burros trazaron y afirmaron algo con sus millares de viajes por el cerro de arena.

—¡Malhaya vida! ¡Putaza vida! —dijo la que iba última.

—Claro. Como en despeñadero barrancamos. Así también levantaré. ¡Yu, carajo! —contestó la de en medio.

La que iba primero no hablaba; se adelantó, fatigándose mucho. Hundía los pies en la arena; en los trechos donde los burros encontraron cascajo y siguieron la veta del piso duro, esa mujer picaba menudo los pasos. Llegó a la carretera «marginal» de gruesa arena y basura en que empiezan las calles, todas derechas y en cuadro, de la barriada. Abajo, al pie del médano, el puerto pesquero más grande del mundo ardía como una parrilla. Humo denso, algo flameante, flameaba desde las chimeneas de las fábricas y otro, más alto y con luz rosada, desde la fundición de acero. No alcanzaba al cerro la pestilencia del mar. La chuchumeca corrió, medio encorvada, acezando en la arena suelta; subió algunas cuerdas por una calle que las estrellas alumbraban hasta que se perdía en la cima lejanísima del médano, la calle Colombia. Tras un empujón volquete despatarrado, con algunos lampos de pintura amarilla, ahí estaba su casa. Interrumpiendo y, a largos trechos, rodeando las llamas, las luces y el humo del puerto, brillaban como metal medio escondido grandes pantanos en que la totora crecía aún, salvaje.

La mujer que iba última comentó, mientras luchaba con el médano:

—Esa Orfa va morir, pues. Enjuerna corre cerro, cerro pesao.

—Osté no sabes, osté machorra —contestó la que iba adelante.

—Va morir. Chuchumeca enjuerna, con hijo, no aguanta —insistió la que iba detrás.

La mujer que iba adelante se dio vuelta; sus pies empujaron con trabajo la gruesa arena del último trecho de la cuesta, el más empinado.

—No sabes parir —le dijo la otra—. Mujer con hijo aguanta viento, cerro pesao. Todo aguanta.

La otra, de espaldas al puerto, al humo y a las llamas que hacían resaltar más la figura de su cuerpo contra la arena blanca, alzó la cabeza.

—Hijo de chuchumeca es maldición. ¡Ahistá! —gritó. Se dio vuelta también ella y retrocedió un paso para quedar junto a la primera mujer y frente al mar—. ¡Ahistá infierno —y señaló el puerto— cocinando pescado, cacana de pescado también! Ahistá candela. Su hijo de infierno, hijo de Tinoco, es el hijo de Orfa.

—Hijo de chuchumeca, hijo nomás. Tinoco es chanco, con *lani* demoniado, loco —replicó la primera.

—¡Tinoco, putamadreeé! ¡Pior que infierno, hijo de candela pestosa! Yo, yo, Virgencita del Carmen, no machorra —empezó como a rezar la otra, después de haber gritado en el cerro—. Cierro es, Virgencita del Carmen, Tinoco candela pestosa, buen mozo, buen mozo... Culebra, barranco, picaflo, asno, macho asno, verga *lani*, putazo.

Se arrodilló frente a las luces y el humo. Siguió hablando:

—Picaflo de puta, Tinoco; de candela, de cacana mierda. Yo, yo, Paula Melchora, ¡Madrecita del Carmen! No machorra; preñada pues, de su maldición del Tinoco preñada, yo. ¡Ay cerro arena, pesao, de me corazón su pecho! Asno macho, culebra.

Lloraba y hablaba; lloraba y hablaba. La otra chuchumeca se quedó mirando las llamas que salían de las chimeneas. El fuego se atoraba con el humo; el de la Fundición lamía el cielo, formaba sombras contra el agua de la bahía que la luz hacía brillar como grasa. No lloró, se dio vuelta y corrió a la calle Colombia. Llegó al esqueleto amarillo del volquete, torció allí, entró en la casa de Orfa. Había prendido ella una lámpara buena, de luz no muy fuerte. Sentada sobre un catre de madera, cubierto por una colcha brillante y con flecos, miraba a su hijo que dormía en una cuna de madera. Detrás de ella, una cholita joven, de pie, luchaba con el sueño. La visitante avanzó caminando despacio, hacia la madre.

—¿Hijo de Tinoco es tu huahua, de asno macho? —preguntó la visitante.

—¡De nadie! —dijo la madre—. Mi nombre no es Orfa.

lani (1983). En la versión (1969) hay nota a pie de página () Po

verga [...] (1969); lani (1983)

lloró, se (1969).

Hija de hacendado soy, botada, deshonrada, cajamarquina.

La ramera chola se acercó al niño. Vio que tenía la frente ancha, los ojos claros. Agachada y sin mirar a la madre, le desabotonó la camisa; vio que tenía el pecho blanquísimo. Se fijó entonces que toda la ropa de la huahua era de tela fina, las orillas del pañal estaban bordadas con seda rosada. Se alzó despacio, quitándose el sombrero que se había puesto al pie del médano; saludó con mucho respeto a Orfa y se volvió a cubrir; retrocedió hacia la puerta. Sintió el fuerte aire en las alas del sombrero.

—Señorita Chuchu... ¡Perdón, señorita! —dijo antes de salir.

Corrió cuesta abajo, buscando el camino de los burros. Encontró aún a la otra mujer en el mismo sitio. Estaba sentada, con la cara hacia el humo y las llamas. Filas de bolicheras se deslizaban ya hacia las islas. La luz de la luna no podía refractarse bien en el agua sucia de la bahía pero las bocanadas de humo candente de las fábricas flameaban en esa agua estancada.

—Señorita deshonrada, triste señorita botada es chuchumeca Orfa. Su hijo no tiene padre. ¡Seguro! —dijo la mujer, sentándose junto a la otra, Paula Melchora, que miraba fijamente la bahía. Paula extendió el brazo y señaló una aguada que las luces de las fábricas hacían brillar cerca de la playa.

—Va volar gaviotas. ¡Verás! —dijo.

Una bandada densa lanzó un coro de chillidos contra el médano. Se alzó mariposeando en las orillas ennegrecidas de la bahía, por el lado del gran barrio de fábricas «27 de Octubre». Sin bordes netos, angostándose y extendiéndose, la mancha de gaviotas parecía indecisa. La luz empezó a cambiar en ese momento. Las islas, cubiertas de guano de alcatraz (nitrógeno y cal), iban a encenderse, a blanquear con la luz de la aurora.

—Caviotas, gentil gaviota —volvió a hablar la mujer— de mi ojo, de mi pecho, de mi corazoncito vuela volando. Bendice a putamadre prostíbulo. M'está doliendo me «zorrita». Lu'han trajinado, gentil gaviota, en maldiciado «corral», negro borracho, chino borracho. ¡Ay vida! Asno Tinoco m'ha empuñado, despueto.

Se levantó; permaneció un rato de pie. Su compañera, la que estaba a su lado, vio que los ojos de la mujer

se fijó [...] (1969).

puesto al salir del automóvil (1969).

hacia el camino (1969).

prostíbulo (1969).

se achicaban, toda la cavidad de los ojos y parte de la frente se arrugaban, y así, en esa cara apretada, vio que la gran bahía, el más intenso puerto pesquero, se concentraba en las arrugas del ojo de su compañera. La vio irse, tranqueando firme sobre la arena gruesa de la cuesta. Ella fue siguiéndola, pensando, mientras chillaban las gaviotas y el viento batía empuñosamente la arena sobre el «corral» prostíbulo. Al llegar a la primera fila de casas de la barriada, al borde de la «carretera de circunvalación», huella afirmada con ripio y basura, se volvió cara a las fábricas; se sacó el sombrero, enarcó el brazo como para bailar, hizo brillar la cinta del sombrero, moviéndolo, y con la melodía de un carnaval muy antiguo, cantó, bailando:

Culebra Tinoco
culebra Chimbote
culebra asfalto
culebra Zavala
culebra Braschi
cerro arena culebra
juábrica harina culebra
*challwa** pejerrey, anchovita, culebra,
carritera culebra
camino de bolichera en la mar, culebra,
fila alcatraz, fila *huanay*** culebra.

Cantaba, bailando en redondo, removiendo la arena, agitando el sombrero mientras la otra, la preñada, se perdía caminando indiferente a la sombra de las primeras casas de la barriada. Algunos vecinos que tenían que levantarse muy temprano vieron a la que cantaba y bailaba. «Borracha», dijo uno de ellos. A otro le costó trabar bajo abrir la puerta de su casa por la arena nocturna depositada al pie de los muros; vio a la mujer llevando todo el ritmo de un carnaval en el cuerpo y en el sombrero. Fue hacia ella, decidido.

—Baila, pues —le dijo ella—. Bolicheras ya están yendo a trayer plata.

—On centavo para ti, on centavo para mí; ochinta para patrón lancha, veinte para piscador; mellón, melloncito

* *Challwa*: pez.

** *Huanay*: ave guanera.

para gringo peruano extranjero. ¡Baila no más, con-tinta! Yo, jodido, obriro eventual, juábrica. Ocho sema-nas, después patada culo, ¡fuera! Bailas madrugada, ¿puta, mariposa, espantación eres?

La mujer lo tomó de la cintura. Volvió a cantar con otro tono y otra letra y obligó a bailar al obrero eventual:

Gentil gaviota
islas volando
culebra, culebra,
cerro arriba, culebra,
cerro abajo, culebra,
bandera peruana culebra.

—¿Bandera peruana culebra?—le interrumpió el hom-

bre—. ¿Putas eres?

—Animal, en barriada San Pedro nunca putas. Yo canto en cerro arena:

Bandera peruana
rojo blanco
culebra culebra culebra...

El hombre le dio un puntapié.

—Yo licenciado ejército —dijo.

La chola cayó al suelo, se levantó simulando mucho esfuerzo y arrojó puñados de arena, con ambas manos, a los ojos del licenciado.

—Putas, puta. Mi judiste —aulló el peón.

La mujer se fue a la carrera. El pequeño círculo de gente que se había formado alrededor de los dos mien-tras bailaban, le hizo campo. Se dispersaron en seguida.

El obrero eventual regresó a tientas a su casa. Allí, con el agua guardada en un cilindro gasolinero, se lavó los ojos. Su mujer lo vio entrar y dirigirse tanteando al ci-lindro; ella, en cuclillas en una esquina del cuarto prepa-raba el primus para encenderlo; los tres hijos dormían en el suelo sobre sacos vacíos de harina de pescado. Un ga-llo, tres gallinas, ocho pollos, dos perros y varios cuyes, caminaban ya en el piso endurecido a punta de barro y agua. La mujer vio en la semioscuridad que el hombre tenía los ojos enrojecidos.

EL ZORRO DE ABAJO: ¿Entiendes bien lo que digo y cuento?

EL ZORRO DE ARRIBA: Confundes un poco las cosas.

EL ZORRO DE ABAJO: Así es. La palabra, pues, tiene que desmenuzarse el mundo. El canto de los patos negros que nadan en los lagos de altura, he-lados, donde se empoza la nieve derretida, ese canto repercute en los abismos de roca, se hunde en ellos; se arrastra en las punas, hace bailar a las flores de las yerbas duras que se esconden bajo el *ichu*, ¿no es cierto?

EL ZORRO DE ARRIBA: Sí, el canto de esos patos es grueso, como de ave grande; el silencio y la sombra de las montañas lo convierte en música que se hunde en cuanto hay.

EL ZORRO DE ABAJO: La palabra es más precisa y por eso puede confundir. El canto del pato de al-tura nos hace entender todo el ánimo del mundo. Sigamos. Éste es nuestro segundo encuentro. Hace dos mil quinientos años nos encontramos en el cerro Latausaco, de Huarochirí; hablamos junto al cuerpo dormido de Huatayacuri, hijo ante-rior a su padre, hijo artesano del dios Pariacaca. Tú revelaste allí los secretos que permitieron a Huatayacuri vencer el reto que le hizo el yerno de Tamañamca, dios incierto, vanidoso y enfermo. El yerno desafió, primero, a Huatayacuri, a cantar, danzar y beber; y cantó y danzó doscientos bailes distintos con doscientas mujeres; Huatayacuri, acompañado de su esposa, que también era hija del simulador Tamañamca, hizo danzar a las montañas cantado al compás de una *tinya** fabri-

en cantar (1969)

cada por un zorro. Todas las pruebas las ganó el hijo de Pariacaca: se presentó con un vestido he-cho de nieve, fue el mejor traje; construyó en una noche, trabajando con los insectos y los animales mayores, un palacio completo; hizo bramar a un puma de color azul; bramó él, aún con más fuerza, mientras danzaba vestido de blanco y negro; es-pantó a su rival y lo convirtió en venado, y a la mu-jer de su rival en milagrosa ramera de piedra.

* *tinya*: tamborcillo.

Nuestro mundo estaba dividido entonces, como ahora, en dos partes: la tierra en que no llueve y es cálida, el mundo de abajo, cerca del mar, donde los valles *yungas* encajonados entre cerros escarpados, secos, de color ocre, al acercarse al mar se abren como luz, en venas cargadas de gusanos, moscas, insectos, pájaros que hablan; tierra más virgen y paridora que la de tu círculo. Este mundo de abajo es el mío y comienza en el tuyo, abismos y llanos pequeños o desiguales que el hombre hace producir a fuerza de golpes y canciones; acero, felicidad y sangre, son las montañas y precipicios de más profundidad que existen. ¿Suceden ahora, en este tiempo, historias mejor entendidas, arriba y abajo?

EL ZORRO DE ARRIBA: Ahora hablas desde Chimbote; cuentas historias de Chimbote. Hace dos mil quinientos años, Tutaykire (Gran Jefe o Herida de la Noche), el guerrero de arriba, hijo de Pariacaca, fue detenido en Urin Allauka, valle *yunga* del mundo de abajo; fue detenido por una virgen ramera que lo esperó con las piernas desnudas, abiertas, los senos descubiertos y un cántaro de chicha. Lo detuvo para hacerlo dormir y dispersarlo. El agua baja de las montañas que yo habito; corre por los valles *yungas* encajonados entre montañas secas y ocre y se abre, igual que la luz, cierto, cerca del mar; son venas delgadas en la tierra seca, entre médanos y rocas cansadas, que es la mayor parte de tu mundo. Oye: yo he bajado siempre y tú has subido. Pero ahora es peor y mejor. Hay mundos de más arriba y de más abajo. El individuo que pretendió quitarse la vida y escribe este libro era de arriba; tiene aún *ima sapra* sacudiéndose bajo su pecho. ¿De dónde, de qué es ahora? *Yanawika hina takiykamuway atispaqa, asllatapas, Chimbote manta. Chaymantapaq, imaymanata, imaynapas, munasqaykita willanakusun iYaw! yunga ataq.* [Como un pato cuéntame de Chimbote, oye, zorro yunga. Canta si puedes, un instante. Después hablemos y digamos como sea preciso y cuanto sea preciso.]

EL ZORRO DE ABAJO: *Nisutam kaypi, sumaq, mi-lay qapaykuna, imaymana runakunamanta, asnas-*

Acero [...] y sangre (1969).

y (1969); Jefe Herida (1983).

corre como lágrimas de sangre por (1969).

willay (1969). En la versión (1983), las frases en quechua de los parlamentos de los Zorros no tienen grafía particular.

Después continúa como (1969). preciso. Cuenta [...]. (1969).

qaña la mar *qochamantapas, imaymana uku yakumanta, llasaq wayramanta, hichaq, bichanakuy, tukunamanta*^a *qapaynin, singayta, uyariyniyta tukayachin. Ninriyñataqmi, saya sayarispa, huk as-naywan, huk qapaywan, chay nisqay minisqa as-naykunawan, kancharin, tanlinyan; wañuyta, achikyayta, mosoqayta, poqchiqta, poqchoqta, llan-llariqta, kikillanmanta* o por la fuerza *tasnuqta, qasillaqta musiaspa. Qawaytaqa qawanipunim. Qamhina imaymana kag, chay kaqlamanpas tukukuy-taga atinaytaq. Chaynam, Willanakunsuyá, aypanakunsuyá maykamapas imaynapas*^b. [Muy fuertemente, aquí, los olores repugnantes y las fragancias; las que salen del cuerpo de los hombres tan diferentes, de aguas hondas que no conocíamos, del mar apestado, de los incontables tubos que se descargan unos sobre otros, en el mar y al pesado aire se mezclan, hinchan mi nariz y mis oídos. Pero el filo de mis orejas, empujándose, choca con los hedores y fragancias de que te hablo, y se transparenta; siente, aquí, una mezcrolanza del morir y del amanecer, de lo que hierve y salpica, de lo que se cuece y se vuelve ácido, del apaciguarse por la fuerza o a pulso. Todo ese fermento está y lo sé desde las puntas de mis orejas. Y veo, veo; puedo también, como tú, ser lo que sea. Así es. Hablemos, alcancémoslos hasta donde es posible y como sea posible.]

Chaucato dormía entre las dos prostitutas; roncaba con fiado. La «Flaca» empezó a vestirse.

—Cara de lobo tiene —dijo—. Miles de lobos ha matado en las islas, cuando era muchacho. Dile que te cuente. Conmigo no ha estado ahora, propiamente. Así es... De acá se va derecho a la mar.

—Sin un billete —le contestó la «China»—. Y tú llevas la mitad sin que has trabajado.

[...] (1969), bichanakuy (1983),
ñawiyta tukayachin. Ninllaynam
(1969).

tukuytan kachunam. (1969), tukh
nyan. (1983).

los que (1969), (1983)
diferentes, [...] del mar (1969)
la incontable variedad de (1969)
descargan dentro del agua y en el
ya pesado (1969)
aire taponan y oscurecen mis oídos
y mis ojos (1969)

transparenta, trata, arde en ondas
(1969).

de renovarse de lo que hierve y
salpica, del volverse ácido, para
nacer del suavizarse para ser la
superficie de una hoja, todo ese
fermentar lo siento y lo sé en las
puntas de mis orejas que son co-
mo las alas de las mariposas muy
jóvenes. Pero no me contestas
ahora, yo seguiré. (1969)

Flaca» se vistió. (1969).

estado [...]. (1969).

De acá [...] a la mar. (1969).
billete. [...] Y tú (1969).

^a En la versión (1983) no se destaca gráficamente la palabra.

^b llallariqta, munasq huna, chay llullu p'illipintapa rapran hinan munasq nuriyqa. Analla kurampa qam rimaychu, kuchiwayaypchu [...] (1969).

desfile, en grupos o a solas, de los pescadores que se iban del muelle y montaban en los colectivos o se detenían a devorar anticuchos, sánquiches, fruta; el ladrido de los perros en las barriadas, todo eso se constreñía, también como relampagueando, en la guitarra de Crispín Antolín que seguía cantando en su casa de la Esperanza Baja, sentado en la misma silla. Ciego flaco, jovencito, había bajado, cierto, nieves, cumbrés, precipicios, desde su pueblo, tras de la Cordillera Blanca, hasta la línea del tren que corre por el endemoniado cañón del río Santa. Tocaba en los mercados y cerca de los muelles. Oía la luz de la isla, el zumbir de la tráquea humana de donde sale el hablar de cada quien, tal como es la vida. Así, su guitarra templaba la corriente que va de los médanos y pantanos encrespados de barriadas al mar pestilente, de la ecosonda a la caldera, de la cruz de Moncada al obispo gringo, del cementerio al polvo de la carretera. Un círculo apretado de gente escuchaba siempre a Crispín; se quedaban, horas de horas algunos, esperando, junto a la guitarra, bajo el sol o el nublado.

Florinda no sabía cantar. Esa noche, oía, de pie, a su conviviente que, tras el tapaojos constreñía el pensamiento. Llegó Asto. Abrió la puerta.

—¡Ciento cincuenta toneladas anchoveta! —dijo—. Ahorita entregamos.

—El Tinoco ha estado —dijo Florinda—. Ha maldonado. Aquí ha venido. Se ha ido, de oír canto, de oír guitarra nomás.

—¡Ah, jodido está, tiempos ya! ¿Adónde a loquear su maldición habrá ido?

Asto se sentó en una silla.

—¿Conoces a un gringo llamado Maxwell? —le preguntó Crispín.

—Sí.

—A tocar charango va venir, más tarde.

—¿Maxwell?

Segundo diario

MUSEO DE PURUCHUCO, LIMA, 13 DE FEBRERO, 1969

Desde que empecé a escribir en Santiago el balbuciente diario que aparece como primer capítulo, algo estrambótico, de esta novela, he estado dos veces más en Chile y cinco veces en Chimbote. No puedo comenzar ahora el capítulo III. Me lanzaré, pues, nuevamente, a divagar.

La última novela que escribí, Todas las sangres, la hice en dos etapas separadas una de otra por varios años. La he vuelto a leer en estos días, no para buscar nada especial sino por obligación.

Como en el aire de los abismos andinos en cuyo fondo corre agua cargada de sangre, así está, cierto, en esa novela, el constreñido mundo indohispánico. Está el hombre, libre de amargura y escepticismo, que fue engendrado por la antigüedad peruana y también el que apareció, creció y encontró al demonio en las llanuras de España. Parte de estos diablos se mezclaron en los montes y abismos del Perú, permaneciendo, sin embargo, separados sus gérmenes y naturalezas, dentro de la misma entraña, pretendiendo seguir sus destinos, arrancándose las tripas el uno al otro, en la misma corriente de Dios, excremento y luz. Y esa pelea aparece en la novela como ganada por el yawar mayu, el río sangriento, que así llamamos en quechua al primer repunte de los ríos que cargan los jugos formados en las cumbrés y abismos por los insectos, el sol, la luna y la música. Allí, en esa novela, vence el yawar mayu andino, y vence bien. Es mi propia victoria. Pero ahora no puedo empalmar el capítulo III de la nueva novela, porque me enardece pero no entiendo a fondo lo que está pasando en Chimbote y en el mundo.

Voy a transcribir en seguida —lo haré al margen— las páginas que escribí en Chimbote, cuando igual que hoy, luego

de varias noches de completo insomnio, atosigado ya de odios e ilusiones, de impotencia y vacío, decidí, otra vez, suicidarme. Copio al margen, palabra a palabra, la ingenuidad no tan faltaz que escribí entonces. Claro que yo no debo ser tan limpio como me describo en esas líneas. Creo tener, como todos los serranos encarnizados, algo de sapo, de calandria, de vibora y de killincho, el pequeño halcón que tanto amamos en la infancia. Pero en este momento recuerdo, siento, añoro mucho más a la pariona o pariwana.

Es un inmenso pato de lagunas de altura —cuatro y cinco mil metros—; vive en parejas o por tropas y, de repente, se alan en cadena, vuelan a más altura que todas las montañas y pasan sobre el aire de los valles profundos como una ilusión malcanzable color de sangre. (Sus alas son rojo y blanco y dicen que de allí se copió la bandera peruana.) Alumbran desde alturas sin consuelo ni alcance; iluminan todos los ojos, hasta el de los piojos que yo tenía de niño, a millares, en la cabeza y en las costuras de mi ropa. Esos piojos se iluminaban, se hacían transparentes, mostraban sus tripitas con la luz de las alas de la pariwana, más íntima y lejana que la del sol. Porque cuando pasaban las pariwanas, el sol no hacía sino resaltar las manchas rojas en el sinfín del cielo, y esa imagen convertía en música toda nuestra vida, los abismos de roca y salvajina, las libélulas ojonas que danzaban sobre las aceduias y en las aguas algo podridas de los estanques.

Sí, en esas líneas que escribí en Chimbote, luego de haber decidido, nuevamente, eliminarme, todo es pureza e impotencia. Entonces agonizaba porque no podía escribir el segundo capítulo; ahora se trata del tercero. El segundo capítulo lo escribí, arrebatado, sin conocer bien Chimbote ni conocer como es debido ninguna otra ciudad de ninguna parte. A través simplemente del temor y la alegría no se pueden conocer bien las cosas.

Yo siempre he vivido feliz, extrañadísimo y asustado en las ciudades. En New York anduve una semana, tal como si hubiera estado en mi aldea nativa, cuando ella ardía, en las vísperas, entre camaretazos y cohetes disparados desde los castillos de fuego hechos por don Amílcar Astoyuro. El eucalipto de la plaza parecía entonces que iba a cantar un himno con voz de toro. No me asustó esa ciudad en que los edificios se parecían tanto a los castillos, también de cien pisos, que don Amílcar hacía para las vísperas. Pero en New York ¿dónde se puede encontrar un sitio para poner la mano como en la cabeza de una paloma o en las patas rosadas de un gato que has

criado desde que empezó a abrir los ojos? ¡No hay dónde! Nunca más extrañado ni más feliz anduve día tras día, una semana, sin descanso, en la Quinta Avenida, en la calle 42, en Greenwich Village, en Harlem, en Broadway... Hasta que cierta noche, en pleno arrebatado, me atreví a seguir a una linda negrita y a hablarle. La «conquisté» hablándole en quechua que, en un caso como ése, me nació y servía mejor que el castellano. La negrita me comprendió porque ella era una «mariposa nocturna». Me llevó hasta un departamento hermoso metido en un sombrío edificio de fierro. Puro miedo y triunfo. Pero fue lo único íntimo que me traje de los Estados Unidos. Y el recuerdo del Golden Gate, que es demasiado grande para hablar, como sí lo hacen y cantan los puentes de cal y canto del Perú y de España.

Sí, pues. Creo no conocer bien las ciudades y estoy escribiendo sobre una. Pero ¿qué ciudad? ¡Chimbote, Chimbote, Chimbote!»

Parece que se me han acabado los temas que alimenta la infancia, cuando es tremenda y se extiende encarnizada —mente hasta la vejez. Una infancia con milenios encima, milenios de historia de gente entremezclada hasta la acidez y la dinamita. Ahora se trata de otra cosa.

Y creo que el intento de suicidio, primero, y luego las ansias por el suicidio fueron tanto por el agotamiento —estoy luchando en un país de halcones y sapos desde que tenía cinco años— como por el susto ante el miedo de tener que escribir sobre lo que se conoce sólo a través del temor y la alegría adultos, y no en el zumbido de la mosca que uno percibe apenas el oído se forma, a través del morder conviente del piojo en el cuero cabelludo y en la barriga, y en los millones de mordeduras a la raíz y a las ramas todavía tiernas de la suerte, que te dan hombres y ríos, grillos y autoridades hambrientas.

Pero ¿y todo lo que he pasado en las ciudades durante más de treinta años? Hasta he vivido un año en la prisión ciudadana (arañas, arco iris, semen) de un país del tercer mundo, y escribí una novela sobre esa cárcel. Allí sólo miraba, me incrementaba, sufría con mi infancia anticuada. Y no conozco a la mujer de la ciudad, por ejemplo. Le tengo miedo, como le tuve al remanso del río Pampas, que pasó a caballo, siendo niño, y en invierno, cuando el agua es transparente. Veía cruzar los peces casi rozando las paternalísimas patas del caballo que me cargaba, sus patas queridas. Veía a esos peces en lo profundo, y sentía en los ojos mortales lágrimas de ansia por lo mejor de lo mejor; sí, al pensar que el ca-

ballo podía tirarme en la corriente lenta, fuerte, que me transmitía todo el cuerpo del animal que medio temblaba, creyendo que gozando de muerte, también como yo, mientras bruceaba en el río con los mismos pensamientos. Así es.

¿Y cómo huyo, ahora yo, por eso, para anudar y avivar las ramas que tanteando y anhelante, como un sujeto despierta de un coma profundo, he extendido tanto en el primer capítulo de esta novela? Ya se ve allí que de tanto tener y estar, entre desconcertado y loco de dicha, en las ciudades —en Purús creí entender todo y a todos—, algo sé de cómo arden las ciudades, algo conozco de su verdadera pulpa. Allí voy, pues, a como de lugar, a escribir el capítulo III, con este feroz dolor en la nuca, con este malestar que los insomnios y la fatiga producen.

«¡Allá voy si no me caigo!», como gritaba un cavernoso y gran negro viejo que pregonaba tamales, en Lima, allá por el año 34, cuando el negro Castiburi me hablaba de comunismo, de socialismo inminente, que nos esperaba ya, según él, de allí para el día siguiente: «¡Sin falta, serrano pendejo!»

Mañana, o pasado, o el lunes, comienzo el capítulo III, a como de lugar. He pedido, para escribir este libro, diez meses de licencia sin sueldo de la Universidad, y ya han pasado cuatro y medio. No puedo huevear más tiempo. Y no vuelvo más al puerto hasta terminar el trabajo o reventar. Y no es que pretenda describir precisamente Chimbote. No, ustedes lo saben mejor que yo. Esa es la ciudad que menos entiendo y más me entusiasma. ¡Si ustedes la vieran! ¡Tengo miedo, no puedo comenzar este maldito capítulo III, de veras! ¡Cuántas veces hemos hablado de él, doctora Hoffmann? Pero yo no voy a Chile. Así, aunque no duerma, aunque ese ferrocarril de las 4,30 am. que pasa, sin perdonar un solo día, a diez metros de la casita que tengo alquilada en Los Angeles de Chacacayo me siga comiendo el sueño, yo sigo. Bueno, ¿y si no puedo? Me tendré, pues, que ir a Santiago, a mi casa de la mamá Angelita. Pero estas páginas, las primeras de Puruchuco, donde Arturo me ha dado una oficina para escribir, yo las incorporo como el estrambótico primer diario. Son parte del libro si ha de existir tal libro. Las ingenuas líneas que escribí en Chimbote —no es un diario; sólo escribía algo cuando estaba decidido a quitarme la vida de puro inútil y deteriorado— esas líneas van al margen, junto con otras que escribí después en Santiago. Y ahora me voy a almorzar al magnífico restaurant «Miguel Ángel», de Vitarie.

Vitarie está, aquí, cerca de Puruchuco, sobre la carretera

que va a Cerro de Pasco, al Brasil, al Cuzco, al valle del Mantaro, a Bolivia. En Vitarie se abrió la primera fábrica de tejidos de Lima. Ahora es un distrito apretado de gente de pueblo. Al «Miguel Ángel» van a comer puros obreros, cholos, pasajeros de camión y uno que otro con cara y traza de comerciante o de viajero de «categoría». Los profesores de mi Universidad, la Agraria de La Molina, van a veces, en patota, a almorzar al «Miguel Ángel». Una feliz y buenamoza señora gorda, es la dueña del negocio. Nos gustar ver cómo atiende y conquista a sus clientes. A los profesores de la Agraria les hace un descuento especial, «para la gasolina».

«¡Allá voy si no me caigo!», negro Castiburi. Me refiero no al almuerzo sino a lo que tengo que escribir. Revolución socialista por estos lados sólo en Cuba, negro. Lo ví, lo gocé un mes y, sin embargo, ando en dificultades para comenzar este maldito capítulo III. ¿Tendrás razón, negro? Yo soy «de la lana», como me decías; de «la altura», que en el Perú quiere decir indio, serrano, y ahora pretendo escribir sobre los que tú llamabas «del pelo», zambos criollos, costños civilizados, ciudadanos de la ciudad; los zambos y azambados de todo grado, en largo trabajo de la ciudad. En esa categoría de azambados no considerabas tú a los indios y serranos «incacos», recién «amamarrachados» por la ciudad. Según tú, los de «la lana», los «oriundos», los del mundo de arriba, que dicen los zorros —¿a qué habré meido estos zorros tan difíciles en la novela?—, olemos pero no entendemos a «los del pelo»: la ciudad. Pero así y todo, «oriundos», y como ya se me acabó la «lana», me zambullo en tu corazón que era el más zambo y azambado que he conocido. ¡Y bien que te conocía! Tengo testigos, aunque los mejores, dos, se han muerto, igual que tú, negro, Dr. Julio Castiburi.

SANTIAGO DE CHILE, 6 DE MARZO

Estoy de nuevo en casa de Angelita Heinecke. Empecé a escribir el capítulo III.

III

El jefe de planta de la fábrica de harina de pescado «Nautilus Fishing», don Ángel Rincón Jaramillo, vio aparecer en la puerta de su oficina a un caballero delgado, de bigotes largos y ralos, cuyos pelos muy separados se estiraban uno a uno, casi horizontalmente, hasta despertar una curiosidad irresistible y risueña.

—Le traigo un sobre, don Ángel —dijo el joven. Y avanzó hacia el escritorio, caminando sin hacer ruido. Don Ángel observó que el sujeto era pernicorto, pero muy armoniosamente pernicorto, y esa especialidad de su cuerpo quedaba a cubierto y resaltada por una chaqueta sumamente moderna, larga, casi alevitada y de botones dorados. El sujeto tenía en la mano una gorra gris jaspeada que don Ángel había visto usar a los mineros indios de Cerro de Pasco, como primera prenda asimilada de la «civilización». Además, el visitante calzaba zapatos sumamente angostos, también gris jaspeados, admirablemente peludos y ajustados con pasadores de cuero crudo. Los pantalones eran de color negro chamuscado. Con una sonrisa que producía agradables cosquillas en todo el alma del señor Rincón, el visitante le alargó un sobre. Algún rasgo especialísimo de la cara del forastero preocupó al jefe, mientras recibía el sobre. El visitante se sentó en un sillón que había, no en frente del escritorio, sino a un costado.

Las llamas de la fábrica y el humo de las varias chimeneas, el temblor que causaban los generadores caterpillares, producían como ondas en la luz blanquísima de una lámpara larga, con vidrios a cuadraditos que estaba colgada en el centro del techo de la oficina. Era casi la medianoche. El visitante observaba un bicho alado que zumbaba sobre el vidrio de la lámpara; el cuerpo del bi-

cho parecía acorazado y azulino, se golpeaba a muerte contra el vidrio; era rechazado como un rayo y volvía. —¡Oh, mi amigo! —dijo don Ángel—. Estrécheme la mano.

El visitante vio que el jefe tenía envuelto un pañuelo de seda en el cuello gordo; sus anteojos de gruesa montura oscura agrandaban unos ojos amarillosos y regocijados.

—Oiga —siguió hablando—, usted tiene, sea dicho, amigos de confianza, pertenecientes a esferas distintas, de altas consideraciones. Estoy completamente a su disposición, para todo y por todo.

Le guiñó el ojo. Y el visitante también le guiñó un ojo.

—Conozco también a la señora Lucinda de El Trapecio —dijo el visitante, y sus dos ojos se cerraron tanto que a don Ángel le entusiasmo hasta el cogote esa luz angelosísima, inteligente como una aguja, que brotaba de los ojos así cerrados del joven, sin que se formaran muchas arrugas en la cara, como sí solía ocurrir, y en forma chocante, cuando el «Characato» Pretel se refería con el mismo gesto a la guapa Lucinda.

—Oiga —dijo don Ángel—. Usted tiene ojos como de araña casera, puro ojo y no se le ve el ojo, ¿no? Usted sabe. Dígame —y se quebrantó en el sillón reclinable—. ¿Ha estado usted mucho en el extranjero?

—No, don Ángel. No es siempre necesario haber estado en el extranjero para presentarse con trajes semejantes a los que están de temporada en las Europas y Norteaméricas...

«Éste lee las columnas sociales de los famosos diarios huachafos de Lima y la columna humorística del periódico de mi patronazgo», pensó enseguida don Ángel. El visitante esperó que el jefe acabara de pensar y don Ángel se dio cuenta, sin remedio, que el flaco pernicioso lo estaba «estofando».

... Hay comunicaciones que vienen por conductos electrónicos —siguió exponiendo el visitante— y antes que todo y nada, hay hombres y mujeres que traen en su cuerpo el reflejo de esos países extranjeros, pero mejor que todo son las amazones computadoras cibernéticas. Así uno se viste a lo Europa, Machu Pikchu, Miami Beach y, valgan verdades, con el gorro éste que tengo en la mano, aliguitos nos carcajamos de nuestras moderni-

dades. Lo que impera es saber gozar a costa de la harina de pescado y apachugar, aconchabando los disímiles. ¿No es cierto? Ajustando, constriñendo en la bahía de Chimbote el Hudson con el Marañón; el Támesis con el Apurímac y una pisquita París, el Sena, Barrio Latino... ¡Que se embarullen los cholos de mierda y los criollos que se las dan de ladinos! ¿A cuánto ha bajado usted este año sus obreros de planta y cuántos son los eventuales, don Ángel?

El jefe sintió alivio al escuchar la última pregunta.

—Los obreros fijos de la «Nautilus Fishing» son desde el término de la última veda grande, exactamente sesenticuatro, treintidós por turnos de ocho horas; antes eran doscientos cincuenta y ocho. No había eventuales en esta planta. Ahora los eventuales son exactamente veinte. Con cincuentidós hombres se mueve la fábrica de harina que ocupa el segundo lugar en Chimbote, es decir, en el Perú, es decir, en el mundo. Esa pregunta última concreta, de usted, me ha gustado; lo que no he entendido como es debido es su referencia al constreñimiento del Támesis con el Apurímac, el Hudson con el Marañón; el Barrio Latino, y que se embarullen los cholos. Que les borren las caras... ¿dijo?

El visitante le dirigió una mirada neutra a don Ángel.

—Son obsesiones que tenemos los alevitados, amigo. Pero dicen, don Ángel, que aquí, en Chimbote, a todos se les borra la cara, se les asancocha la moral, se les mete en molde.

—De la moral hablaremos, joven. Ya verá usted. Y métodos hay para manejar, pero no para amoldar a tantos de diferentes naturalezas que vienen al puerto. Usted es amigo de los grandes y ellos vuelan alto y no ven las naturalezas. Se han hecho moldes y todos han reven-tado. ¿Quién, carajo, mete en un molde a una *lloqlla*? ¿Usted sabe lo que es una *lloqlla*?

—La avalancha de agua, de tierra, raíces de árboles, perros muertos, de piedras que bajan bataneando debajo de la corriente cuando los ríos se cargan con las primeras lluvias en estas bestias montañosas...

—Así es ahora Chimbote, oiga usted; y nadie nos conocemos. Le dije que redujimos los obreros de doscientos cincuentiocho a noventiséis, ¿no? Esta *lloqlla* come hambre. Más obreros largamos de las fábricas más llegan de la sierra. Y las barriadas crecen y crecen, y aparecen

plazas de mercado en las barriadas con más moscas que comida.

—¡Felices, felices, felices los alcatraces con la muerte que les ronda y la avalancha *lloqlla* con la vida que les ronda!

«Así es, así es. Lo siento en las huevas. Este alevitado hippy es de confianza, un pituco a medias descuajado ¿hechura de Braschi?». Y mientras don Ángel pensaba, orgulloso de sus reflexiones, el visitante se levantó; alzó un pie, dio una vuelta bajo la lámpara, pescó de un manotazo al bicho volador que seguía atacando la luz; lo pescó como rayo en la fría luna, lo mordió y puso el cadáver sobre el escritorio de don Ángel.

—Y así, así como este bicho, los serranos de todos los pueblos de las montañas andinas, ¿no es cierto?, siguen bajando a buscar trabajo a Chimbote; también vienen de la selva, atravesando trochas y montes, ríos callados de tan caudalosos. Del Cuzco y Arequipa, ciudades grandes, antiguísimas, ya no vienen indios sino mestizos obreriles, comerciantes; y más aún de Huacho, de Chiclayo, de Pacasmayo, de toda la costa. ¡Oiga usted, don Ángel, conquistador ilustre de la guapa Lucinda a quien nadie antes que usted había tocado ni podido; oiga usted, he visto también unos mendigos ciegos, procedentes de la ilustre ciudad andina de Cajamarca y de la otra ilustre ciudad del puerto de Paíta, los dos tocaban instrumentos en el mercado Modelo. El paitiño tocaba un triste, un tristísimo triste, ciego de los dos ojos; el de Cajamarca eran dos, oiga usted, marido y mujer, ciegos también; la india tocaba un tamborcillo, el indio violín; y cantaban feo, a dúo; feo, garraspeando cantaban. Y yo me puse a bailar; el garraspeo había tenido alma; me puse a bailar bonito, con mi chaqueta levita de botones dorados; en delante de los ciegos bailé, dando vueltas como sombra de trompo. Y los dos ciegos mucha plata agarraron. No sabiendo quién había bailado, lloraban agradeciendo al aire pestífero. Chimbote es obra de las armazones cibernéticas, de su patronazo de usted, que es también mi relacionado, por otra cuerda contra contraria, como allí le dicen, creo; porque su patronazo está en la vigilancia y coordinación de las fuerzas grandes, ¿no? *Lloqlla* que quiere llevarse todo, porque está recién desgalgándose. Muéstreme la fábrica, don Ángel o, sino dígame lo que en su hígado y en su experimentado seso

si no (1969), (1983).

le hayan repercutido mis saltitos y palabras. Allí está el corpóreo bicho que he ayudado a morir. Porque, oiga, ese oficio quiero, ¿no? Ayudar a morir y a resucitar más fuertemente que morir. ¡Uy, uy, uy...! Así nos entremetamos los que en el Perú, por gracia de los vericuetos que siguen los negocios del alma y de la carne, estamos muy a buenas con peces y pescados.

El bicho dio una vuelta ciega en la mesa, produjo un sonido penetrante.

—Oiga usted, don Ángel, aunque no lo crea ese zumbido es la queja de una laguna que está en lo más dentro del médano San Pedro, donde los serranos han hecho una barriada de calles bien rectas, a imitación del casco urbano de Chimbote que trazó, como usted sabe, el gran yanqui Meiggs! En el médano San Pedro hay una gran ruina de los antiguos; sobre la ruina los invasores han puesto una cruz alta con sudario que está quejándose sobre Chimbote, ¿no? Este bichito se llama «*Onquray onquray*», que quiere decir en lengua antigua «Enfermedad de enfermedad» y ha brotado de esa laguna cristalina que hay en la entraña del cerro de arena. De allí viene a curiosear, a conocer; con la luz se emborracha. Ya va a morir, dando otra vuelita más en círculo, llorando como espina...

El joven empezó a mover la cabeza hacia adelante, balanceando el cuerpo como una rama; se puso el gorro; su cara se afiló, sus mandíbulas se alargaron un poco y sus bigotes se levantaron muy perceptiblemente, encnegreciendo por las puntas. El rostro del joven, así, indujo a la cabeza gordísima de don Ángel a mirar al bicho. Éste dio una vuelta lenta sobre el barniz del escritorio y mientras giraba salió de su cuerpo un gemido que don Ángel sintió que le entraba por la oreja y se le alojaba en lo más íntimo de sus intimidades. Miró al visitante con cierta desconfianza...

El joven arrojó con la mano al bicho que había quedado inmóvil con las patas azules estiradas a los costados y quieta la cabecita en forma de corazón acinturado, muy llamativa.

—Feneció el mensajero aciago, don Ángel, ¿Qué me dice? ¿Por qué siguen viniendo serranos a Chimbote? ¿Saben que las fábricas están reduciendo su personal a una quinta parte? ¿Que a la industria no le conviene seguir teniendo obreros fijos con derechos sociales y que

pronto eliminarán a todos y no quedarán sino eventuales bajo el sistema de contratistas generales? Así quedarán más a merced, como ese bicho con cabeza de corazón que he machucado en su escritorio, más a merced de los armadores e industriales que los fascinerosos pescadores. Ese Braschi es un genio. ¿Y usted sabe, don Ángel, que Braschi vende harina a cien países y que en esos cien países es el mismo Braschi quien compra?

—No será a cien países, don Diego...

El visitante estaba nuevamente sentado en el sillón. Observaba el desorden de muebles de acero y de madera, de cajones abiertos, de papeles algo amontonados que había sobre las máquinas de escribir de carro largo...

No. Es un exagerar —dijo el visitante—. ¡Braschi es grande, el más grande capitán de industria que ha dado el Pacífico en estas dos décadas y, como usted sabe, tiene quijada de mono, de monazo fuerte! Pero estoy enredando mi encargo. Usted, don Ángel, ha servido en las fábricas de los puertos de Ilo, Tambo de Mora y Supe. Aquí está culminando su carrera. ¿Cómo funciona el «Characato»?

—Mire, don Diego. ¿Qué le voy a decir si usted, de un modo particular, sabe más que yo por lo que estoy coligiendo de sus preguntas?

—Mire, don Ángel. Yo estoy informado de los problemas, pero no conozco su procedimiento. ¡Ahí está! De ese bicho que le ayudado a morir conozco mucho; sé de dónde viene, qué hay en sus patas, en su cantito de despedida. Los insectos, algunos, se despiden más tristemente de esta vida que la gente. Yo, si usted quiere, le cuento cómo sé esas cosas. Así usted sabe de este puerto, de esta fábrica, de estos indios y de los criollos pescadores, de los grandes y chicos; saber es saber, pues, don Ángel.

El visitante volvió a cerrar los ojos para concentrar la mirada en el rostro del gordo don Ángel que, valgan verdades, tenía una cabeza como de cerdo, así de inteligente como de astuta; de gustador de cebada, de caldos y sancochados agrios por la mezcla de sus sabores y ponedredumbres; lo miraba el visitante, inclinando la cabeza, con gracia, a un lado y otro, cariñosamente. Don Ángel sintió la ternura escrutadora, ansiosa de complicidad de don Diego.

—Este... —dijo—. Mire, amigazo. Usted «me arrima al

fogón», como le digo yo, no a la Lucinda sino a mi querida esposa; porque la guapa es halagadora pero sacre, rica pero malosa. ¡No hay confianza! Mi esposa, en cambio, es mi socia del alma, madre de mis hijos y oiga usted, Diego, ella conoce a Braschi, a Fullen, a Gildestrer... a los peces grandes. A todos, y me ha guiado bien. ¿Quiere que le diga? Usted me parece del bando mío; herramienta u observador leal y útil a la industria, que es nuestra dinámica de la patria, punta de lanza... ¿No hemos tomado ningún trago, no? Y ese muerto, ese bicho, oiga usted, creo que está oliendo a chicha agria. Bueno; a esta hora ya nadie viene a fregar... Mire... Los serranos de las alturas siguen viniendo a Chimboté, porque hace sólo unos diez años aquí se rogaba para tomar peones, y esa historia, que fue atizada por la llamada «mafia», sigue corriendo en los pueblos, sigue corriendo y seguirá corriendo... Y eso ya no está bueno, creo, ni para la industria, como yo le he dicho a Braschi, a Fullen, a Gildestrer. ¿Sabe algo de lo que aquí se llama y es la «mafia»?

—Poco, poquito, poco.

—Son dos máquinas. La antigua montada a la bruta, sobre la marcha, que ahora es máscara, y la otra, renovada, fina, como las máquinas de las fábricas. Ésa, ni yo la conozco a fondo. La montaron y afinaron después de la gran huelga. Con los apuros y hambres que causaron las huelgas y las vedas, se avivaron los pescadores. Las bo rracheras y putas, etc., etc., que les metíamos por las narices, por la lengua, por todos los orificios donde el gusto entra, pero a cambio de gastos y endiablamientos, los manteníamos con la bolsa al ajuste. Oiga: los funcionarios de planta de las empresas grandes creemos saber más en muchos términos que los grandes industriales. Verá. Es cierto a medias. Yo les decía: «Se les está pasando la mano». Y nada. Les dando la mano, se les está pasando la mano». De ese primer tiempo de la «mafia» quedó el aspaentero «Characato». La «mafia» anti-gua hizo correr la voz, como pólvora, de que en Chimboté se encontraban tierras buenas para hacer casas propias, gratis; que había trabajo en fábricas y en lanchas bolicheras, mercados, ladrilleras, tiendas, bares, restaurantes. Y así fue. La gente «homilde», como se llaman a sí mismos, bajó de la sierra a cascadas, porque en la sierra, ¡yo he visto!, los hacendados grandes y chicos se mean en la boca y en la conciencia de los indios y les sacan el jugo,

un pobre juguito reseco; y se lo sacan fácil, a fuerza de la pura costumbre no más. ¡Claro! —exclamó, al sentir que la mirada del visitante se hizo aguda—. Los balean de vez en cuanto y ascienden inmediatamente a los oficiales que ordenan hacer fuego. Más razón para que la llamada de Chimbote alumbrara lejos, salvadoramente. Esas son las cosas que quiere usted saber, ¿no?

El visitante movió la cabeza, dando a entender que algo sabía y que por eso necesitaba saber más. Sonrió, alargando la boca, muy exageradamente, a ambos lados del rostro. Don Ángel creyó entender que así expresaba su satisfacción y su interés.

—Le digo, amigo —continuó—, que en estos lares de la sierra norte a veces es peor, en eso de zurrarse en los indios, que allí donde quedan arraigos del tiempo de los incas, en Cuzco, Apurímac, por ejemplo. Conozco. En las sierras del norte hablan castellano; en la mayor parte de las provincias ya no saben el quechua. Mejor. Así no hay secretos, ¿comprende? Están a la vista, ¿comprende? Y se han convertido en poca cosa, a mi parecer. En Cuzco, Apurímac, Huancavelica, Puno... el indio te mira como de otra orilla. Extraño. Y si les haces meter bala, peor. ¿Comprende? Entonces calculamos...

—¿Los Braschi?

—Braschi es águila. Aprende rápido y vuela. Todo este... este plan, se hizo sobre la experiencia del Chimbote atunero, chico. Después vino la anchoveta. ¿Comprende? Entonces «calculamos y dijimos»: los criollos son todavía más ansiosos de vicios que los serranos. Son como yo, pero no tienen frenos. A los pobrecitos serranos les haremos enseñar a nadar, a pescar. Les pagaremos unos cientos y hasta miles de soles y ¡carajete! como no saben tener tanta plata, también les haremos gastar en borracheras y después en putas y también en hacer sus casitas propias que tanto adoran estos pobrecitos. Y aquí, en Chimbote, está la bahía más grande que la propia conciencia de Dios, porque es el reflejo del rostro de nuestro señor Jesucristo. Allí no más, en la bahía, estaban los bancos de atunes y anchovetas. Los cochos alcatraces comen, ¿usted sabe?, veinte kilos de anchoveta, diario, cada uno. Y, ¿cuántos dormían en esas islas que guardan la bahía de Dios, de mi amor? Millones de toneladas tragaban. Nos las tiramos todas en dos o tres años.

Los cochos ahora andan mendigando peor que judíos errantes.

—¿Y el reflejo de la cara de Dios, don Ángel?

—Ahí lo ve. Turbio. Los alcatraces volando en tris-teza. Pero el Perú es ahora el primer país del mundo en pesca. Sigue Dios aquí.

—Claro, don Ángel. Sigamos con la historia.

—Bueno. Así es. Entonces trajimos a Chimbote españoles y yugoslavos contratados. Chaucato vino antes. Salía hasta tres veces a la mar en un día. Putamadrecaba cada día más fuerte. En ese espejo y en Hilario Caullama que también llegó por ese entonces, Braschi aprendió a hizo crecer una de sus alas; la otra se la hizo crecer en las cosmópolis norteamericanas y europeas. Después llegaron criollos de toda la costa; experimentados en pesca menor, en comercio y en puñal y chaveta. Eso también era bueno. Pero de la sierra bajaron cascadas de gente, indios que hablaban castellano lloriquendo, o indios que venían del sur con caras algo como de huacos o de santos...

—Don Hilario Caullama.

—Como ya le dije, ese gran huaco llegó hecho ya aquí. Llegó de patrón. Él es ayмара, del lago Titicaca, cuatro mil metros de altura. De allí bajó a la costa sur; un paisano suyo le enseñó a leer cuando tenía más o menos treinta años. Aprendió en los puertos del sur. Pero otros hambrientos bajaron directamente aquí para trabajar en lo que fuera; en la basura o en la pesca. Se dejaron amarrar por docenas, desnudos, en los fierros del muelle y allí, atorándose, chapoteando, carajándose unos a otros, aprendieron a nadar, o se metieron a lavar platos, a barrer, a cargar bultos en los mercados que empezaron a aparecer sin regla ni orden, como el de La Línea, que usted habrá visto. Los pantanos donde los zancudos reinan; los desiertos pesados fueron invadidos por esa avanzan-lancha. Oiga, los invadieron en orden, mejor que en Lima, militarmente, diría yo; con disciplina castrense trajeron sus calles y plazas, se repartieron sus lotes, aparecieron barrios que ni la conciencia de Dios habría imaginado. Los defendieron con maña y sangre cuando las invasiones alcanzaron a las tierras de la Corporación del Santa que es del gobierno. Las mujeres pelearon con trucos como para engañar a niños y con chicha y cerveza contra la guardia civil; derrotaron a capitanes y tenían-

tes. Ahí las ve; se quedaron. Las casas son chiquitas en los terrenos próximos al casco urbano y en los zancudales; grandes y tranquilas en los médanos...

—Pero ahora, don Ángel.

—Sí, ahora se quitan lotes, se roban unos a otros. Pero de ese cuento sé poco. Lo que puedo decirle es que los que entraron a la pesca se embrivecieron con la plata que ganaban. Oiga, de un sol diario que agarraban, de vez en cuando en sus pueblos, aquí sacaban hasta cien y hasta trescientos o quinientos diarios. Para ellos se abrieron burdeles y cantinas, hechos a medida de sus apetencias y gustos; eso sale casi solo; después se le ceba. ¿La mafia? Adiestramos a unos cuantos criollos y serranos, hasta indios para que... ¿cómo es, cómo es la palabra? ¡Para «provocadores»! Ellos armaban los líos; sacaban chaveta y enseñaron a sacar chaveta, a patear a las putas; aplaudían la preñida del cigarro con billetes de a diez, de a quinientos, a regar el piso de las cantinas y burdeles con cerveza y hasta con wiski. Un chino de experiencia, seco de cuerpo, abrió el «corral» con nuestra complacencia. Allí desuellan a los chivos pobres, a los más desgraciados. Pero en el salón Rosado y en las cantinas, más en el de la viuda, se regaba el piso hasta con wiski...

—El Chaucato...

—Ese gran lobo pendejo que ahora está... No, mi amigo...

—Siga no más, don Ángel. Yo del Chaucato voy a saber tantito luego, luego. Está recién casado, viejón; con hijos mellizos, ¿no?

—Eso. ¡El Chaucato! Pero yo no hablo de particularidades secretísimas; de lo general sí, porque es sabido aunque no proclamado... Y como le iba diciendo, fueron adiestrados, cargándoles buen «molido» para gastos y riesgos, se adobaron a los criollos y cholos, previamente calibrados. A provocadores... Y... irás! Todo salió a lo calificado y aún más. Tanto más burdelero, putaño, timbero, tramposo, cuanto más comprador de refrigeradoras para guardar trapos, calzones de mujer, retratos —¡si no había, pues, electricidad, ni hay tampoco ahora, en las veintisiete barriadas de Chimbote, ciento cincuenta mil habitantes!—, carajo, más trampas y chavetazos, más billetes de quinientos o de cien quemados para prender ci-

garros, más macho el pescador, más gallo, más famoso, saludado, contento...

—¿Como los Braschi, los Gildestrer...?

—Como Braschi... ¡Claro! Pero al revés. En todo. Más bien como el alcatraz de antes.

—¿De cuando la bahía era la conciencia de Dios?

—¡Eso! Sí, joven. Igual que un alcatraz de antes, relleno, pico fuerte abajo y ojo insolentón; igual, pero con toda la tripa de Lucifer que el hombre tiene, cualquiera que sea su condición. El cocho de antes volaba en bandadas... ¿Cómo se dice...? Armoniosas, eso es, de tal modo lindas, tranquilas, ornamentando el cielo como parte flor de esta bahía.

—¿Ahora no es parte?

—No. ¿No los ha visto? Ahora el alcatraz es un gallinazo al revés. El gallinazo tragaba la basura perniciosas; el «cocho» de hoy aguaita, cual mal ladrón, avergonzado, los mercados de todos los puertos; en Lima es peor. Desde los techos, parados en filas, fríos, o pajareando con su último aliento, miran la tierra, oiga. Están viejos. Mueren a miles; apestán. Los pescadores los compadecen, como a incas convertidos en mendigos sin esperanzas. ¿Comprende? Pero dejemos a los pobres «cochos»; tomemos el hilo de la historia principal. Sí. Chaucato compraba camisas y pagaba lo que le pedían a primera oferta. Le pedía al tiendero del mercado que contara la plata. Él estiraba no más los billetes.

—¿Esa era la «mafia» antigua? ¿Nada más eso? ¿Conoce usted, don Ángel, la historia sentimental del patrón de lancha, Cuerrero, venido de Sicuani, Cuzco?

Mientras hacía la pregunta el visitante movió perceptiblemente las orejas. Don Ángel lo vio. Un primo suyo también movía las orejas, aunque no en esa forma, como alanceolando graciosamente hacia arriba las puntas. El jefe estuvo a punto de reírse, a pesar de las cuestiones «trascendentes» de que hablaba; pero vio que en la levita del visitante ondulaba y jugaba sobre los botones dorados una luz jaspeada, como a veces suele moverse la pelusa de ciertos gusanos afelpados que él, don Ángel, había visto en la selva.

—Ya —contestó don Ángel, pestañeando y observando sin poder evitarlo y sin que su mente se perturbara, el juego de brillos que ondeaba sobre los botones dorados del visitante—. Esa historia de Cuerrero es un

ejemplo. Claro, Ese patrón de lancha serrano tuvo que presentarse a su enamorada y, después, a los padres de la chica, diciendo que era mecánico de primera. Los padres de la novia eran carniceros acomodados. Si el novio se hubiera presentado, honradamente, como pescador, lo hubieran echado a patadas o quizás sólo a fuerza de maldiciones. Ya aceptado, porque gastaba como verdadero mecánico de primera, se casó, a pesar de que hablaba el castellano a lo serrano crudo. Una semana después, Guerrero entregó al suegro su ganancia de seis días, como patrón de lancha; siete mil soles bien documentados; más que un ministro de Estado. Como era cholo analfabeto que sólo sabía firmar, entregó esa plata de rodillas. Estaba por demás enamorado de su mujer. El suegro carnicero le enseñó a leer un poco a su yerno y ahora le lleva las cuentas. El cholo tiene casas, negocios. Fracaso para la «mafia», mal ejemplo, buen aviso. Había que afinar la maquinaria. Pero la «mafia» hizo gastar a los pescadores en su debido tiempo; rebó sus apetitos de machos brutos. Con buenos trucos los hizo derrochar todo lo que ganaban; los mantuvo en conserva de delincuencia, y esa mancha no se lava fácil. ¿Comprende? ¿Quiere saber más? Teóduelo Yauri, el gran dirigente sindical aprista, «era». ¿Ya? «Era» mafia y contramafia, según casos y conveniencias. Jugaba fino para esos tiempos. Visítelo. Ya ahora es una basura, pero en la basura se encuentran los restos de los tiemposidos. ¿Sabe lo que hacía Teóduelo cuando quería reunir una asamblea contra los intereses de la industria o a favor de la mafia? Mandaba a Pedro de la Cruz Fierro, al negro Baldomero, a Ciriaco Arce, a Juan de Dios Pablo. Iban éstos a las cantinas, armados de un palo algo en forma de la macana de los ejércitos incas. Entraban a las cantinas y decían: «¡A la asamblea, compañeros, camaradas, putamadres!» y rompían a palos todas las botellas de cerveza que había en las mesas. Hasta los más amargos de los malditos les tenían pánico a esos cuatro. Las botellas de cerveza volaban en pedazos, caían los trozos sobre las paredes, en la ropa... Los cantineros cerraban las puertas; echaban a los pescadores por las puertas falsas, por las medias puertas. Las asambleas alcanzaban quórum y se realizaban con interrupciones macarrónicas en que los camaradas y compañeros se sacaban la entretripa. Corría sangre. Pero se tomaban acuerdos «contra» las empresas; casi siempre conveni-

dos de antemano con nosotros: ropa de agua, más vítidos de comida, más y más soles por tonelada de pesca. Oiga, bigotudo..., ¿le cuento? Antes, las fábricas, por ejemplo, compraban el atún por docenas. El mismo Brachi se ponía en las manos una sustancia secreta y alzaba uno o dos atunes de cada lanchada, los alzaba por las agallas, llamaba al patrón de la lancha y le decía: «¡Huele, putamadre, huele!». «Sí, don Eduardo —contestaba cabizbajo, ardiendo de mierda, el pescador—. Sí, patrón, está oliscado. No sé cómo. Es fresco.» «Fresco podrido, puta. Tres soles por docena.» Y lo que costaba treinta lo compraba por tres. Sí...

Don Ángel se detuvo en seco. Paró de hablar. Verdadamente como la superficie de esos gusanos alcapados, tornasoles, cuyos casi invisibles pelos se mueven uno a uno, despidiendo resplandor a pleno sol como si el día fuera noche, así el gorro del visitante y los botones de su leva, a la luz potente del foco ultramoderno de la oficina, seguían trasmitiendo movimiento y colores, como seres vivos.

—¡Teóduelo Yauri! Lindo apellido, don Ángel —dijo el visitante—. Bueno para la «mafia», mejor para los pescadores. ¿Por qué cayó a la basura un hombre tan decidido, tan cholo? Era de la sierra, según me han informado y se entendía perfecto con los criollos de la costa. Los botones de mi leva son de París, don Ángel, de París-Machupikchu, como ahora se estila. ¡Mi gorra es mi gorra! Y este Yauri que ustedes pusieron en un pedestal, ¿por qué cayó a la basura que usted dice?

El visitante se puso de pie, exactamente bajo la lámpara. Y todo él apareció muy delgado, su rostro, sus manos, sus piernas cortas, sus pies. Y fue la especie de cuero crudo que servía de cordón a los zapatos lo que se hizo transparente. El visitante giró en redondo unas dos veces bajo la luz, y lo atornasolado de la felpa de su leva agradó los ojos del señor Rincón; le agradó mucho. Y cuando el visitante volvió a sentarse en el sillón, el jefe dijo:

—Teóduelo Yauri era un orador fuerte, atarantador. Su palabra era como chicha, mejor que la cerveza. Calentaba el ánimo, no aclaraba nada. Por eso se fajaban sus partidarios y contrarios, hasta con chinguillos que son unos cabos con anillos de plomo. Así manejaba a los pes-

cadres que eran y son la más bestia mezcla de mierda y patriotismo, de comunismo inconsciente, de letrados y chaveteros, de aputamadrados y cholos extraviados, o felices como no lo fueron ni en el tiempo de los incas. A esa turba, Teódulo Yauri nos la manejaba, pero nunca incondicionalmente. Nos dio también algunos golpes. Nos sacaba, a veces, un grano de arena más, y un grano de arena para un millonario vale tanto como una montaña; pelea igual, con el mismo empeño, por un céntimo que por un millón. Y, vea usted, así como los serranos se desgalaron de las haciendas y de sus comunidades, pueblos en que estaban clavados como siervos o como momias, se desgalaron hasta aquí, al puerto, para coletear cual peces felices en el agua o para boquear como peces en la arena, es decir, pa' gozar o pa' cagar fuego, así también, ¿lo sabía?, se vinieron en bandada los aficionados a industriales, se vinieron con sus capitalitos de mezquinas herencias y de ahorros. Ganaron mucho al principio, pero cuando los grandes empezaron a perfeccionar la industria, a comprar lanchas y maquinarias nuevas, a producir en una hora lo que ellos en un mes y decidieron fijar un precio bajo a la anchoveta, también cagaron fuego. Los barminos casi a todos. Y también a mi Teódulo, los comunistas, en cinco años de trabajo pacienzoso, los comunistas leídos que se metieron después a la pesca, me lo hicieron cagar fuego y, iras!, a la basura... Se le pasó la mano a Yauri. ¡Vea, usted!

El visitante movió los brazos hacia adelante como si hubiera estado ensacando en su vientre las palabras de don Ángel y que la luz que expandían su ropa y ahora, algo, algo, muy suavemente, sus uñas, fueran muestra de su aplauso a don Ángel, de su admiración a don Ángel, de su comprensión y afecto. Las manos quedaron en la plena fuerza de la lámpara. El jefe también estaba embaldado en su historia y perorata.

—¡Vea, usted! Me acuerdo de un profesor de castellano que tuve en el colegio. Se enredaba un poco al hablar, como yo, pero el entusiasmo o la inspiración con que hablaba se le contagiaba a uno para siempre y creo que el fondo de lo que decía de autores y obras más que en el cerebro se le quedaba a uno en la memoria y en... en..., no es la ética, ni la estética, ni la frianga... Bueno, digamos en los riñones. Así es. ¿Por qué se fregó Teódulo Yauri? Por lo mismo que los ansiosos pequeños y media-

maquinaria (1969).

nos empresarios que llegaron a la pesca con la lengua afuera. Aquí, en la industria, «nosotros» operamos con la cabeza fría. No deben propasarse los testículos, no debe propasarse la lengua, no debe propasarse el gazuete. En eso, Braschi es mundial. Yo lo he visto lanzarse en adquisiciones, a créditos que daban escalofríos y... ¡lo he visto comerse a los que pensaron hacerle cagar fuego a él! Ahora mismo, él aputamadreaba todavía, como cuando burdeleaba con Chaucato, aquí, en Chimbote. ¿Ya? Solano, el primer secretario general comunista que tuvo el Sindicato, que ¡ji, ji, ji...! (Don Ángel se dio cuenta que la segunda risa fue a dúo con el visitante, pero la del joven levitudo zumbó como la del coleóptero muerto que aún estaba oliendo a chicha desde el rincón de la oficina. Eso le halagó y entusiasmó a don Ángel y prosiguió.) Este Solano, oiga, fue recibido en compañía de Haro, en la oficina de Braschi. Entendido en los asuntos de la pesca hasta las tripas. Entendido en los asuntos de la pesca como un buen abogado... Le puso las peras de a cuatro a Braschi. Le demostró que el actual contrato de armadores y patrones de lancha, supercombinación jurídica y sabia que convierte al pescador en locatario sin locación y en obrero sin patrón; que separa al armador de la industria, aunque industrial y armador son la misma persona, más unida que la Trinidad; y la entrega del Fondo de Beneficio del Pescador al control de una comisión gobierno-sindicato es una trampa cínica, que, en fin, todo ese abanico legal estaba sostenido por las sucias pezuñas de la fuerza. Y que, por eso, la gran huelga se hacía, huelga total en toda la costa, hasta «las últimas consecuencias». Braschi le dijo entonces a Solano: «¡Ah, con que eres muy macho y muy sabido, ¿no?, Solanito! ¡Vas a ser mi marido entonces, yo estaba buscando al hombre que se convirtiera en mi marido! ¿Ya? ¡Me montas y me explotas, hijito lindo!», y mientras decía esto, ¡le juro por mi madre!, movía la cintura y estiraba el brazo atrás del pantalón. Sacó una pistola pavoneada y la puso sobre la mesa. Solano miró la pistola, miró tranquilo a Braschi, y le dijo: «Piense, señor Braschi, en lo que claramente he expuesto aquí. En cuanto a lo otro, a usted le sirven bien negros y blancos, nacionales y extranjeros, mejor que en las fábricas.» Y antes que Braschi reaccionara, Solano alzó la pistola, la empuñó como es debido, se levantó y salió de la oficina. Sí, con la pistola en la mano. Y no era

broma, ¡oiga! Estaba cargada. Haro, patrón de lancha, el buenazo de Haro, cholo, fierro de pies a cabeza, siguió a paso medido tras de Solano y, después, esa noche se fue a un elegante burdel de la avenida Colonial y fornicó a tres buenas putas, una tras otra, de pura alegría, para festejar. Braschi al día siguiente ni se acordaba del asunto. Se hizo la huelga. Los huelguistas... Pero ¡espere! Teófilo no es Braschi. El descuento para asistencia social que el sindicato consiguió que se hiciera a fábricas y pescadores ascendió a cientos de miles. Teófilo, con su sola firma, podía disponer de esa plata. Tenía la chequera del sindicato en el bolsillo. ¿Qué pasa en un caso así con un cholo fogoso, enchichado? Montó una oficina; tomó empleadas y empleados, contrató médicos y dentistas, por lo que el pescador no es obrero ni empleado. Ya usted lo sabe. Había que organizar la asistencia médica del sindicato. ¿Qué pasó después? En los propios libros de cuentas descubrieron que aparecían pescadores operados de los ovarios, de partos con cesárea... ¡La mar que reventó! Solano, el costeño criollo, se almorzó fácilmente a Yauri. ¿Y quién no conoce el verdadero gran final de la huelga que dirigió, con sabiduría y mano firme, Solano? Es un chiste nacional, cruel y jodido. Con Braschi nos reímos mucho. Se aumentó la ganancia del pescador en treinta soles por tonelada de anchoveta; se revisaron las tolvas pesadoras de las fábricas; descubrieron que las fábricas robábamos unos milloncitos; se reembolsaron esos milloncitos; sólo la Atahualpa Fishing, empresa norteamericana, no reembolsó. Sigue tinterilleando. Le va a parar las lanchas en estos días el Sindicato. Bueno, bueno. Después de tanto aumento, iras! «Devaluamos» la moneda, de 27 soles el dólar a 43. Y Solano debe haberse metido la pistola al culo, pero no disparó, porque también tiene a la final la cabeza fría. Ahora el pescador gana treinta por ciento menos que antes de la huelga. ¿Y a? No hay escape; en el Perú y el mundo mandamos unos cuantos. Ya Braschi no viene a Chimbote. La última vez que vino fue hace dos años para entronizar a San Pedro, patrón de los pescadores, en un patio y gruta que mandó hacer a la entrada del muelle de su fábrica más grande. Fue una fiesta de órdago ésa, con dos orquestas. Braschi bebió wiski como con doscientos pescadores. ¿Quién lo iba a diferenciar de un pescador? Putamadreaba mejor que cualquiera. Con Chaucauto se dio un abrazo madre y Chau-

«devaluamos» (1983).

cauto lloró. Es el primer patrón de lancha que tuvo Braschi; Chaucauto es, de veras, un poco como el padre de Braschi. Con Haro bebió en silencio. Hilario Caullama fue el único patrón de lancha que no vino a la fiesta. A los segundos y terceros de Braschi nos preocupó que Cau-don Hilario no fuera. «Es Inca», dijo «Solo». Como a las tres de la mañana, las señoras, damas y damitas, salieron corriendo del gran patio de ciclones de la fábrica donde se hacía el baile, porque el «Characato» se trajo a esa hora, en veinte automóviles, unas cien putas y entró, cantando, a la fábrica. Se encaminó de frente a la gruta de San Pedro, en procesión ordenada. El Patrón San Pedro estaba brillando, con focos que alumbraban de todas partes los colores de su manto y túnica y un pescadizo de plata fabricado en Lima a imitación de los que hacen en los pueblos del lago Titicaca para las bailarinas de la Virgen de la Candelaria; el pescadizo se ondulaba ni más ni menos que un pejerrey vivo, con ojos de esmeralda; colgaba de las manos del Santo. «Characato» y las putas se arrodillaron, pidieron permiso, mientras los pescadores borrachos miraban desde lejos, con respeto, amansando sus penes, a lo disimulado, machucándolos con las manos sobre sus barrigas. Yo lo vi. Braschi ya no estaba. Su avión particular dio una vuelta sobre la fábrica y el muelle, cuando las putas pasaron el límite de la placita del Santo y fueron alcanzadas por los borrachos. Siguió el baile y hubo fornicación general en el patio y los vericuetos de la fábrica. Oiga, amigo, alzaron en hombros, algunos, al «Characato». «Ojos de paloma, ojos de paloma!», letanizaba un cholo abestiado que hay en este puerto. Buscaba a su mujer legítima que era machucada ya por uno, ya por otro. Ella es puta. Billetes, relojes, encendedores finos, hasta revólveres sirvieron de moneda esa madrugada. Las orquestas tocaban. Cuando rayaba el día, «Characato» se paró sobre la escala de un ciclón. Sopló fuerte, tres veces, un silbato. Nadie le hizo caso. Entonces una mujer ya entrada en años, vestida de seda brillante, subió por la escalera al mismo ciclón: «¡Putas, reputas de la cuajada!», gritó. La oyeron. «A los autos, reputas chuchas.» Y todas enfilaron a los carros. Los «secretarios» del «Characato» tuvieron que arrojar como a sacos de harina a algunos pescadores que estaban prendidos de las putas. La «matrona» que hizo desfilar a las chuchu-

mezas está todavía en Chimbote. Vive en el «Salón Rotundo» del prostíbulo. Regenta todo.

—El «Characato» es principal de la mafia, ¿no?

—No, amigo, ése es, como diríamos, el blanco, una tuerquita, la divisa visible. Los pescadores lo enseñan como muestra de lo que es un «agente patronal», como ellos dicen. Y el hombre se ríe de buena gana. Usa gorra de cuero, es blanco, simpático... ¡Ah...! La entronización tuvo cola. El Superintendente de Bahía, Orlando Cabieses Crosby, se propuso. Descontó a los patronos de lancha el costo del Santo, de la urna y de la gruta. Hubo entonces asamblea de los pescadores de la fábrica y el Superintendente de Bahía tuvo que asistir: «San Pedro —dijo— no es patrón de las fábricas ni de los armadores e industriales; es y ha sido siempre patrón de los pescadores. Ustedes timbean mucho a los dados en el muelle; vienen, a veces, borrachos a las lanchas, caen al agua, a las bodegas; en todo eso hay peligro. No todos los pescadores son correctos. Hemos entronizado a San Pedro para protección de ustedes. Ustedes pagan.» Los pescadores se atoraron, se quedaron callados. Los yugoslavos y españoles no fueron a la asamblea. Entonces, en el silencio, don Hilario Caullama avanzó, con paso calmado, de indio que parece algo como que no ha aprendido a andar bien en la ciudad y oficinas. Caminó así, patichueando hacia la mesa, se paró en un extremo, al costado, frente al intendente, de perfil a los pescadores y dijo: «Oiga usted, señor Superintendente, representante del capital; yo, como antiguo patrón que soy, de los primeros que hemos llegado a este bahía de Chimbote, hablo como representante de los trabajadores. Osted dice que San Pedro es patrón de los pescadores, ¿no? Cierito. Ahí en local del Sindicato tenemos un anda en forma de bolichera lancha, lindo. En ese trono sacamos en procesión a la mar, en su día, al patrón San Pedrito que está en la iglesia. Osted sabe que yo soy como analfabeto. Pero a Hilario no le engaña ni cóndor ni zorro, ni víbora ni superintendente. Nuestro Patrón de pescadores es San Pedrito, como así le dicen en este Chimbote al Patrón, porque el bulto del santo es chiquito no más, pues, sea dicho. A ese otro bulto grandazo que osted ha mandado hacer comprando de tienda en Lima, lo ha bautizado, bien, legalmente, el cura párroco; pero en la noche y madrugada de ese mismo ceremonias osted y el mismo gran indus-

Superintendente (1969); superintendente (1983).

trial, ojo de águilas, Braschi, lo ha desbautizado fco con las putas. ¡Putas no, amigo Superintendente! Putas tienen su lugar señalado en Chimbote.» Orlando Cabieses Crosby iba a hablar. «¡No! —gritó don Hilario—. Estoy con el uso de las palabras, en nombre del trabajo frente al capital. Tenemos patrón San Pedro consagrado de antiguo por la Santísima Iglesia Católica Romano; está en la iglesia. El bulto con pescadazo falseado, que el Superintendente ha entronizado en gruta cartón piedra falseado, patio muelle y que las chuchumecas han desbautizado, no lo habemos pedido los trabajadores al capital. ¡No pago! Si aquí, en la asamblea hay un sonso pescador desistimado, que pague, pues.» «Se les reintegrará, se les reintegrará. Acepto, en parte, el alegato de don Hilario Caullama», dijo inmediatamente Cabieses Crosby. «Conchuye la asamblea». «Un momentito, un momentito, señor capital», dijo Caullama, cuando ya todos los pescadores estaban moviéndose para largarse. «Yo, homilde pescador, Hilario Caullama, suplico que a ese bulto de gruta, ahora mismo, lo vuelva a bendecir el señor Obispo con su alta consideración eclesiástico jerarquía o que lo hagan meter en barro arena fango del playa.» Y el Obispo bendijo de nuevo la imagen. Y la timbadera siguió fuerte, hasta que en la gran huelga los pescadores se quedaron con la tripa vacía, en la «última lona», como dicen los choferes. Después de empuñar máquinas de coser, refrigeradoras, televisores, se vieron en las negras. Sólo los Caullamas y Haros, que son pocos, desconfiados por instinto o calculadores por experiencia criolla, escaparon. Entonces se vio algo que hemos apuntado en el libro: las placeras de todos los mercados, los comerciantes del Modelo, empezaron a fiar a los pescadores con matrícula; les fiaron desde lechugas y camotes hasta detergentes, perfumes y cortes de seda. «De ellos vivimos, ellos son la sangre de Chimbote», decían las placeras. «El *aguay uno**, el *yawar mayu*», llegaron a proclamar algunas verduleras serranas, olvidando su vergüenza por el quechua. Las cantinas también fiaron, aunque con tiento; las putas también fiaron a los conocidos. Pero los pescadores se vieron sin billetes, por primera vez. Los que eran maleantes o fueron maleantes de oficio se largaron; muchos restaurantes y cantinas cerra-

* *Agway uno*: el agua dios que produce vida.

ron. En las barriadas murieron de hambre patos, gallinas, perros y algunos niños también. Entonces se vio que Solano es buen comandante y Maxe buen suboficial, lo mismo que el fino burdelero Zavala. Los pescadores en vez de acobardarse se encojonaron; los líderes convirtieron la amargura en pólvora...

El visitante asintió con la cabeza, dirigió a Rincón una mirada lúcida; sus dos ojos adquirieron la transparencia más profunda, que no es la del aire o el cielo, sino la circunscrita y viva, sin topes de color, de los lagos de altura o de un remanso, la verdadera transparencia profunda que transmiten al entendimiento y la esperanza los gusanillos que allí bullen, se retuercen, que hacen caer a lo hondo y a través y los peces de brillo suave que se precipitan a velocidades diferentes según la voluntad o el instinto de los animales. Don Ángel creyó encontrar en esa mirada transparente algún secreto.

—Venció Solano, como usted sabe —dijo—. Como usted sabe. Venció el honrado, el insobornable, el político que habla para abrir ojos y sesos del pescador; venció a Teódulo que les enchichaba la sangre y les atarantaba el entendimiento. ¡Mejor, oiga, mejor! Más fácil la pelea ahora, creemos. Tiro más fijo, enemigo más claro; tiro más fijo. ¡Ya verá! Teódulo era para encauzar y manejar corrientes lodosientas. Ahora es mejor, más fácil. Usted, usted... algo sabe...

—¿Recuerda, don Ángel, que los huelguistas, apoyados por los obreros de la Fundición, bloquearon la Carretera Panamericana...?

—Sí, claro, y allí la guardia civil mató a un obrero, a un pescador y a una mujer...

—¿Qué más, don Ángel?

—Hubo discusión sobre los cadáveres, entre apristas que ya estaban muy rebasados y los hombres de Solano. Los de Solano también ganaron. La guardia se replegó al cuartel de la comisaría en la plaza de armas. Los cadáveres fueron llevados al local del sindicato de pescadores. Chimbote hormigueaba de gente furiosa y asustada. Así es. Yo tengo larga experiencia. La sangre, así boqueteada a balazos, enciende rabias, pero también... ¿qué le diré?, agranda ante la mirada la guadaña de la muerte. Eso dijo, creo, Teódulo. Bueno. El velorio era inmenso de gente. Y entonces, recuerdo; el fino putanero Zavala propuso algo temerario. Él se había encargado de los ataúdes,

Cuando ya estuvieron los cadáveres en los ataúdes, Zavala dijo: «¡A velarlos en la plaza de armas, frente al cuartel de la guardia civil! ¿Quién bagre se opondrá?» «¡A la plaza de armas!», gritaron hombres y mujeres. Porque esa vez, con la mujer muerta, cientos de mujeres alborotaban en el velorio. Solano fue sorprendido y rebasado. Cargaron los tres ataúdes y los pusieron, ni siquiera en el mismo centro de la plaza donde hay una glorieta; los depositaron sobre unas bancas, bastante cerca de la puerta del cuartel, a unos cuarenta metros más o menos. La puerta del cuartel estaba cerrada. En la plaza se impuso silencio. Pero de rato en rato alguien gritaba: «¡Braschi asesino!», «¡Yanquis asesinos!» Y el mismo epíteto, a gritos, al Presidente, al Ministro de Gobierno, al Prefecto. Pasaron las horas de la noche y la gente fue disminuyendo; los gritos no. Eran cada vez más fuertes y al último puteaban...

—Sí, don Ángel... Y como a las dos de la mañana, la puerta del cuartel se abrió; salió un pelotón de guardias, armados con garrotes de goma y fusiles.

—Y cosa rara, amigo Diego; los custodios de los cadáveres corrieron espantados, pero casi todos volvieron en segunda, maldiciendo. La guardia debía avanzar, pero no avanzó. Estuvo en posición de marchar, un rato, mirando el grupo que había quedado junto a los ataúdes. El coro de insultos se hizo más rápido y provocador. La guardia dio media vuelta y se metió al cuartel. Cerraron la puerta. Dicen que Zavala, echando sapos y culebras por la boca, se puso a llorar.

—Es que los cajones estaban llenos de dinamita, amigo don Ángel. Los muertos fueron tendidos sobre un empedrado de cartuchos de dinamita colocados en fila debajo de la seda de los ataúdes. ¿Sabía, usted, eso? Ellos creían que serían atacados. Iban a simular espanto, y unos pocos, los «valientes», regresarían desafiante, a defender los cajones. Cuando la guardia se lanzara a recuperar los cadáveres, esos pocos también debían correr y, en el instante en que los guardias empezaran a alzar los cajones, muertos y gendarmes iban a volar a pedazos sobre la plaza.

—Después lo supimos, Diego. Ahora es ya capitán el subteniente que hizo volver el pelotón al cuartel. ¿Sabía ese subteniente lo de la trampa? Nunca lo hemos descubierto. Se asegura que uno de la «mafia», de los más chicos, dio el soplo al subteniente. El sacó el pelotón para

Don Ángel seguía con la mirada, la mano. El visitante se agachó sobre el escritorio; aproximó su rostro al de don Ángel, le hizo sentir un aroma como a polen, a viento con aire de flores silvestres serranas, de ése que en abril perfuma los abismos de rocas y alcanza los nidos fríos de las águilas con la misma naturalidad que la luz de la estrella.

—¿Y Cardozo, don Ángel, ese cura yanki con apellido latino? ¿Y el obispo? ¿Y el Plan de Padrinos?

—Alta costura —dijo el jefe, poniéndose también de pie—. Alta y baja costura. ¿Cardozo es comunista católico, dicen? Lo compadezco. En Chimbote, de siete congregaciones religiosas cinco son yankis. Sobre el Plan de Padrinos no sé mucho. Es una organización piadosa, creo que internacional, que manejan desde los Estados Unidos. Protege a las familias comprobadamente pobres. Tiene unos quince empleados y varios vehículos en Chimbote. Ahora protege a unas tres mil familias. Diez dólares mensuales y una muñeca o una ametralladora de plástico el día del santo del ahijado. Un hijo de cada familia numerosa tiene un padrino gringo. La oficina del Plan es ahora semioficial y hierve de mujeres que echan sus babas y sus lágrimas en el gran terral que hay frente al edificio. Y eso, a pesar de que en las barriadas hablaban, no sé si los comunistas o los brujos, que todos los ahijados iban a ser exportados a Norteamérica como ganado, después, cuando estuvieron grandecitos, esas habladurías asustaron a los pobladores. Pero el hambre vence al susto, y cada semana van más en torrentes al nuevo edificio del Plan. Usted también vaya; vaya usted, amigo, a ver el espectáculo. Maxe y Zavala vomitan de repugnancia con esto. Yo, yo entiendo a medias esas esferas...

—Muy claro, don Ángel, y suficiente lo que sabe de tantas esferas, pero ¿y el panorama? ¿Cómo ve usted el panorama, el conjunto?

—Sí, amigo Diego; ese panorama sí lo veo más claro. Espere un instante. El conjunto es así. ¡Ya! Mire bien el mapa o diagrama con nombres que voy a trazar y escribir; voy a ir dibujando. Empiezo. Siga mi mano y oiga mis palabras. Creo que nos va a salir algo; ya, algo objetivo. Vea*:

* compadezco. [...] Mire. Es así, mire bien el mapa que voy a trazar en esta hoja. (1969d). En la versión (1969d) el dibujo es idéntico al que se reproduce en la edición (1971). Una nota manuscrita al margen y entre paréntesis precisa: Puede reducirse este espacio. En nuestro ejemplar de (1983), el dibujo no sale; aparece una mancha negra.

muestrear y se dio cuenta que el dato podía ser cierto. Al día siguiente se hizo un entierro imponente, como lo descabamos también «nosotros», los industriales y jerarquía superior de las fábricas. Lo descabamos más quizás que los pescadores. Eso llena a los combatientes obreros, y nada más allí se queda todo, si se toman precauciones. La noche del entierro, ya en calma, me acosté con la Lucinda, Diego. Los obreros y los Solanos felices y yo también, en buena compañía. Dicen que ese soplón chico de la «mafia» recibió fuerte y salió de Chimbote. La dinamita, si hubo, debe estar esperando en el cementerio el día del juicio final. ¿Hubo dinamita, amigo Diego?

—Los que dicen que hubo aseguran que hubo. En los cerros y arenales dicen que es cuento, cuento que pudo ser verdad...

—Ahora Maxe y Zavala y Haro, auxiliares que fueron de Solano, son cabezas del Sindicato... ¡Ji, ji, ji...! No hay soborno, hay tiro fijo, amigo, tiro fijo. Zavala es Secretario de Asistencia Social. Como en la morgue del hospital de La Caleta, los médicos legistas se apuran para hacer las autopsias de los pescadores muertos en accidente, Zavala no sólo presencia las autopsias; cuando es menor hasta hace de ayudante... Consuela viudas, acompaña enfermos; ha hecho crecer el policlínico del Sindicato, ha traído aparatos médicos ultramodernos; deja que el pobre ayudante de la morgue, un arrapiezo de catorce años que serrucha cadáveres, se quede con la ropa de los muertos; él, Zavala, viste de nuevo los cadáveres. Está flaco Zavala; va poco, ahora, al salón Blanco, al salón Rosado. Al hotel «Florida» no ha ido nunca. El «corral» se cierra esta semana... ¡Ji, ji, ji! —Don Ángel se reía imitando ya a don Diego y algo, algo, el zumbido premortal del colector—. ¿Sabe? Un cholo taimadote, Tinoco, auxiliar del «Characato», ha aconsejado un lugar fabuloso para el nuevo prostíbulo; se trata de un cerrito de tierra dura, no de arena, que hay a la orilla de un tremedal rodeado de un total bien salvaje, lleno de patos, leños, a diez kilómetros, secreto. Combinación con los choferes y otros... La «mafia» chica actúa...

El visitante se puso de pie, hizo una reverencia discreta, muy cortés y dio una vuelta casi completa al escritorio, caminando blandito. Con una mano alzada y abierta en dirección de don Ángel, atajaba, gentilmente, como un abanico de alas de mariposa, la boca del jefe.

del rostro de don Ángel, (1969d).

ese otro cholinmetro o minimitro que es (1969d)

Opello (1983). En la versión (1969d), figura una nota a pie de página (.) Rematado: ¡Qué salga, qué salga! (1969d)

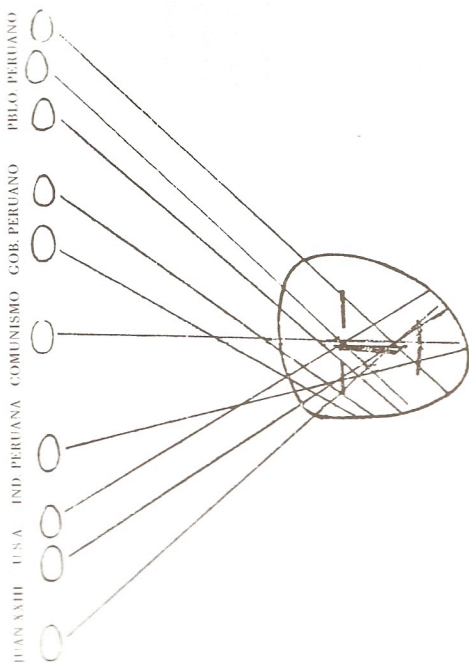
ladada en la cabeza (1969d), puntas, [...] afilaban (1969d)

empezó (1983)

para entonar (1969d)

la cara de ese otro cholinmetro cabrón que es su ayudante garrote, Tinoco. La cara de Maxe, de Zavala... ¡Ji, ji, ji...! —Hay que reírse, don Ángel Rincón, hay que reírse fuerte. Que salga del pulmón el aire guardado; como de un cuerpo alumbado que salga, como la liendre de la pancita del piojo, como el huevo de sapo que ha de ser *opello* negro con rabo de cometa... ¡Que salga, que salga, que salga!

El visitante alzó las manos como brazos de candelabro, y con la gorra ladeada, el rostro alargado en que los bigotes, negreando en las puntas, le afilaban más la cara, encandilándola, se puso a bailar dando vueltas en el mismo sitio, como si en las manos sostuviera algo invisible que zumbara con ritmo de melancolía y acero. La sombra del visitante bailaba con más armonía que el cuerpo. Don Ángel no pudo seguir riéndose, por más que lo intentó varias veces. Sus ojos, agrandados por los lentes, se detuvieron en el cuerpo del visitante que giraba en doble sombra. Sintió al poco rato, mientras seguía la danza, sintió en lo que él llamaba «su oído de oír, no de silbar ni de cantar», en ese oído, escuchó un sonido melancólico de alas de zancudo, acompañado de campanillas de aurora y fuego; un ritmo muy marcado que pugnaba por aparecer en el pleno, en el lúcido recuerdo. Los ojos de don Ángel, tan verdaderamente agrandados por los lentes, comenzaron a girar, meditando, de la sombra al cuerpo del bailarín, de la cabeza a los pies. Y la apariencia de huesos duros que tenían esos ojos empezaron a cambiar de afuera hacia adentro, a tornarse como en vidrios de colores densos y en movimiento. Don Ángel sintió, en lo que él llamaba su «oído de recordar y no de cantar ni de silbar», porque era desorejado para expresarse, en ese oído escuchó, por fin, un canto que nacía vacilando, muy parecido, de veras, al zumbido de las alas de los zancudos cuando rondan muchos, al unísono, en la noche cerrada; el canto fue aclarándose a golpe de casabeles que marcaban un ritmo tierno que se fundía con la melodía en una corriente algo como la de la sangre que brota a ondas de una vena de animal grande cortado a tajo limpio. Ritmo y baile le encendieron toda la memoria y el cuerpo, la carne humana viva que tanto apetece estas melodías de compases dulces e imperiosos. El jefe comenzó a mover la cabeza, con pesada gracia, que resalta sobre su tan criticada como elogiada barriga, que no le impedía caminar ligero, patear medio en broma, me-



Siete nuevos blancos contra tres rojos. Nosotros, la industria, U.S.A., el Gobierno peruano, la ignorancia del pueblo peruano y la ignorancia de los cardozos sobre el pueblo peruano, somos las fuerzas blancas; Juan XXIII, el comunismo y la rabia lúcida o tuerta de una partecita del pueblo peruano contra U.S.A., la industria y el gobierno, son las fuerzas rojas. Fíjese; así es la cara del Perú, así, con sus tres rayitas rojas. El verdadero color de Cardozo yo no lo pinto. Solano lo quiere de corazón, lo estima. Cardozo y Solano organizaron el Congreso Nacional de Trabajadores de la Pesca en un edificio religioso de la parroquia de San José; Solano pronunció discursos políticos apoyando las manos sobre el altar de la capilla, sobre el ara. Cardozo habló allí de revolución, en estilo anglocriollo enchichado. Maxe confía en Cardozo, también lo quiere; Teófilo Yauri lo odia; Braschi lo ama; la Embajada Yanqui respira; Chaucato lo abraza; don Hilario Caullama, el indio aymara, lo mira con los brazos colgando, dice que no le entiende bien. Para Caullama, capital y yanki es la misma sopa; el trabajador es otra sopa que no se puede mezclar con la sopa yanki. En resumen, amigo Diego, somos siete blancos contra tres rojos. Y uno de los rojos, el comunismo, está ahora como gusanera de muerto. Sé lo que le digo. Y este mapa no va a variar en jamás de los jamases en contra del capital sino a favor. ¡Tiro seguro! Poquitos mandan en todo el universo, cielo y tierra, agua y mar. La cara del «Characato»;

industria: (1969d).

Don Juan (1969d).

Esta frase aparece en la versión (1969d) añadida en forma manuscrita.

Chiroca (1969d *passim*).

Para Condori (1969d *passim*).

¡Tiro seguro! Más entripados hay entre los rojos que entre los blancos. ¡Tiro seguro! Poquitos (1969d)

dio en serio a los cholos, cuando era «necesario y debido» y saltar a las veloces pancas que llevaban racimos de pescadores a los barcos.

—¡Don Diego, amigo! —gritó de pronto—. Ésa es la «yunsas» serrana, de Cajabamba, que cantan y bailan ahora los cholos en la hacienda Casa Grande.

El visitante marcó más airosamente el ritmo, ondeando el cuerpo que giraba entre luces y colores. Así confirmó el entusiasmo de don Ángel.

—¡Siga, caballero! —exclamó el jefe de la fábrica—. ¡Siga, siga! —Y el gordo de lentes comenzó a balancear todo su cuerpo, su barriga y pecho que ballaban hinchándose y vaciándose, tratando ansiosamente de no salirse del ritmo, de encenderse y concentrarse más; pero no movía los pies, no los podía mover; estaba como clavado en el sitio, entonces empezó a hablar, a recitar:

—Siga, siga, siga la rueda... Chimbote es el puerto... el puerto pesquero más grande... más grande del universo... y Casa Grande y Casa Grande... que está aquí cerca... a cien, a cien kilómetros... es el ingenio azucarero... el ingenio azucarero... más grande del mundo... toda estadística, toda estadística... así lo prueba... Quien no lo sabe, quien no lo dice... es pobrecito, es pobrecito...

más grande del mundo

más grande del mundo

Chimbote, Casa Grande,

siga, don Diego, siga, don Diego.

La chimenea de Casa Grande

lleva su humo hasta los ríos

hasta los ríos del Amazonas

porque Casa Grande...

Casa Grande comienza en el Pacífico

traga la costa, traga los Andes

tiene puerto propio, ¡ay, Chicamal,

tiene presidente ¡el gerente! ¡lagarto!

llega a la selva, friega a los chunchos,

como yo Braschi, como yo Braschi

ya fregué a Maxe, ya fregué a Maxe,

el secretario de los pescadores

y anexos de nada, anexos de nada

pescadores de Chimbote

puerto pesquero grande en el mundo;

aquí no hay nadie, aquí no hay nadie,

gritó, de (1969d).

la «yunsas» [...] de Cajatamba (1969d).

grande (1969); (1969d).

señor, los cholos son mierda, los negros zambos-chinos son mierda, yo también soy mierda;

el yugoslavo no es mierda

el español no es mierda

Braschi está en todas partes

en todas partes está caballero

freno, estribo, baticola

Maxe secretario no sé si es mierda,

no sé si es mierda, no sé si es mierda.

Zavala, Haro, Tinoco, Characato, amigos,

zurrarnos unos, zurrarnos otros,

en el total zaucudal nos cagamos

sin remedio, sin remedio, sin remedio.

El obispo yanki ése no es mierda, ése no es mierda

Teóduo Yauri no era mierda, no era mierda

yo lo hice basura, cacanucita,

caballero, yo lo hice mierda de perro.

El Perú costa, cómo me jode, cómo me jode

el Perú sierra, cómo me aburre, cómo me aprieta

el Perú selva, chas, chas, chas

cómo me pudre, mucho me aprieta

la chimenea de Casa Grande...

«Los hombreros de Casa Grande

ya están formados para marchar

todos los días desde las cuatro

van al campo a trabajar.»

«¡Pobres hombres!»

Así lo mismo, así lo mismo

como en los cochos, bolsa triste arriba,

como en las putas, piernas arriba,

desde la costa al Amazonas se cagan en mí

en Chaucato no, en Caullama no

en Caullama no, en Chaucato sí

ay sí, ay no «¡Pobres hombres!»

chas, chas, chas, (1969d)

«cochos» (1969d). En la versión (1969d) figura una nota a pie de página: (.) Alcatraz.

Don Ángel recitaba y canturreaba algo desigualmente todo, ritmo, melodía y movimiento. Trataba de seguir el baile de Diego; se agachaba hasta apretarse la barriga, se erguía a la manera de los borrachos desafiantes; ponía, luego, ambas manos sobre el escritorio y así, bajaba y alzaba el pecho, como esas lagartijas de los roquedales de

todo; ritmo (1969d).

la costa peruana, animales que corren espantados pero se detienen bruscamente sobre el filo o la aguja de alguna roca erosionada y mueven la cabeza y el busto, enérgicamente, en ademanes elocuentemente afirmativos, como si estuvieran predicando con energía. «¡Pobres hombres!», repitió don Ángel, y recordó que esa exclamación la había oído en un disco long-play y que lo decía alguien que no era el cantante, mientras el «Cholo Cajabambino» entonaba la estrofa: «Los hombreritos de Casa Grande...» Recordó y recordando, muy claramente ya, miró al visitante: su gorro se había convertido en lana de oro cuyos hilos se revolvían en el aire; los zapatos, en sandalias transparentes de color azul; la leva llena de espejos pequeños en forma de estrella; los bigotes, en espínos cristalinos en las puntas, muy semejantes al del *ankú kichka*, árbol carnoso que no crece jamás en la costa y que defiende con esas púas, sus rojas flores de sépalos lanudos, blancos como la escarcha. Él, don Ángel, cajabambino de nacimiento e infancia, limeño habituado, recordó en ese instante que los picaflores verde tornasol danzaban sobre esas corolas, largo rato; danzaban felices mientras él, hijo espurio, negado, miraba el temblar del pajarito, con lágrimas en los ojos. Siguió cantando don Ángel, repitiendo palabra a palabra la letra fiel de la «yumsa»:

La chimenea de Casa Grande
bota humo sin compasión...

El visitante fue atemperando el ritmo, bajó los brazos, sus bigotes empezaron a apagarse así como los espejos de la leva y el color de los zapatos. La danza ya más definitivamente cajabambina fue como diluyéndose en todo el cuerpo de don Ángel; sintió que se le extinguía yéndose hacia la nariz, la cabeza y los cartílagos externos de las orejas.

—¿Recorremos la fábrica, señor don Ángel Rincón? —oyó que preguntó el visitante, gorro en mano, inclinándose hacia el jefe con una finura de «verdadera gentileza».

—En seguida, señor visitante —contestó el jefe de la Planta—. La fábrica marcha a todo ful. Nuestras lanchas han pescado hoy dos mil trescientas toneladas de ancho-veta.

Don Ángel alzó del respaldo de su silla una casaca de nylon forrada con rica lana de angora; se la puso, se dirigió a la puerta, la abrió e invitó a salir al visitante. Cinco enormes cilindros giraban en el centro de un espacio con piso de cemento y cruzado de tubos y canales aéreos; eran los ciclones que giraban respirando fuego y lanzando humo por cinco chimeneas no muy altas. El visitante se detuvo. El fuego blanquísimo alenguaba en el interior del cilindro, no salía por el gran ojo que tenía hacia afuera; algo hacía que el fuego se concentrara encastellado, «peligrándose» y sin querer ni poder salir.

—Empecemos por el principio —dijo don Ángel—, esos cinco ciclones los maneja un solo cholo.

—¿Sabe leer? —preguntó el visitante, mientras seguía al jefe, en dirección del mar.

—No sabía cuando llegó. Don Hilario le ha enseñado.

—¿Don Hilario?

—Es decir, don Hilario y su hijo. Don Hilario dice: «El trabajo vencerá algún día al capital con el educación...»

Pasaron debajo de poleas y tanques, de cadenas, de cucharas giratorias. El ruido apagó la voz de don Ángel. El jefe se detuvo al pie de una escalera de fierro húmeda y mugrienta.

—Sígame. Veremos el trommel que Solano impugnó y Teódulo recordará afligido. Za-za-zabala putea. ¡Ah!

¿Conoce al Tarta, al tartamudo «poeta»? —preguntó el jefe mientras subía la escala.

—No, no lo conozco.

—Sé que Maxe me compara con él. Dice que sabemos más de lo que podemos hablar. Que tenemos seso de esponja y lengua pedante, más pedante aún la del Tarta, aunque por motivos inversos. Yo lo he oído decir eso. Un enredo calculado de ese pescador intelectual, simpático. Ya llegamos, amigo Diego. Llegamos al trommel. El Tarta preocupa, llama la atención. Pero mire esto.

Humo y arcos de luces acordonaban la bahía por el lado sur. El casco urbano se veía, desde lo alto del trommel, como una parrilla pequeña y muy iluminada; al norte de esa parrilla otro arco de luz y humo menos extenso que el del sur; entre los dos arcos, dos o tres castillos de focos, pequeños campos iluminados de los que salía humo que se quebraba a baja altura; y al este de los muelles del puerto, el humo rosado de la Fundición tenía luz por sí mismo, alcanzaba a alumbrar las faldas y las ci-

anku kichka (1983).

verdes tornasoles (1969d).

espúreo (1969d).

de las sandalias (1969d).

chispas de color mundo entero. Estamos apoyados en esta baranda sucia...

Don Ángel vio que el brazo del visitante era muy corto, que sus manos eran peludas y sus dedos sumamente delgados, de uñas largas...

—He bailado y nadie ha hecho curiosidad, escándalo. Me han mirado más bien tristes la mayoría de los que hicieron rueda junto al ciego que estaba botado contra la pared y después, han hecho llover moneditas al tarro viejo de la ciega. Yo me he ido. Ese humo también, no estaba menos rosado en el sol grande que ahora en la noche. Las fábricas, ¿cómo es no? ¿Y qué es ese campo de tanta luz blanca, fina, que está allá lejos, en dirección de la carretera a Lima?

Don Diego hizo la pregunta en un instante justo, cuando don Ángel empezaba ya a sentir una especie de menosprecio hacia su visitante. La pregunta fue hecha en tono casi autoritario.

—Vea, amigo. Esa es la elegante urbanización residencial «Buenos Aires» que los ejecutivos de las empresas, menos yo, se empuñaron en que se construyera para la alta clase del puerto. Yo vivo en el valle, tras de esas montañas que el humo que a usted le impresiona hace aparecer ante nuestra vida. «Buenos Aires» se ahoga en arena y viento y han plantado allí árboles que, oiga usted, están creciendo en la arena y contra el viento. Los ejecutivos viven muy lejos del humo y la pestilencia, pero también en un médano. Y esas luces que se ven más cerca del puerto son del barrio fiscal de la clase «obrero», El Trapico. Allí se han mudado Chaucato, Solano, Zavala, Maxe... Teódulo no. Él ha hecho una casa y tienda en una barriada próxima al casco urbano. Ya sabe; así es la cosa: «Buenos Aires», después viene la oscuridad, varios kilómetros. En esa oscuridad están cinco barriadas, entre totorales, agua salada y viento; luego, nuevamente la oscuridad; después El Trapecio, el Casco Urbano, la Fundición y su barrio, los muelles y más oscuridad hacia los médanos y el mar. Digamos, treinta mil personas en los campos iluminados que vemos desde aquí; el resto, unas... digamos treinta barriadas, doscientos mil, vive en la basura y bajo la luz de las estrellas. Así tiene que ser. Pero yo, don Diego, le quería decir algo importantísimo.

—¿De la oscuridad?

—Sí, amigo. Le he mostrado este inmenso arco de luz

mas de las bajas montañas que separaban la gran bahía del valle del río Santa. El humo de la Fundición se elevaba mucho más alto que el de las fábricas de harina de pescado; se alzaba como una nube de crepúsculo, moviéndose pesadamente...

—Ese humo parece la lengua del puerto, su verdadera lengua —dijo el visitante—; tiene y no tiene luz, tiene y no tiene bordes, no se apaga jamás. Se levanta de esas galletas largas, de todo ese laberinto de torres, minerales, sudores y luz eléctrica, de las tripas más escondidas de tanta maquinaria; le cuesta levantarse, pero parece que nadie, ni las manos de los dioses que existen y no existen podría atajarlo. ¿Qué dice usted, don Ángel?

—No preocupa mucho en Chimbote la Fundición. Eso está en orden, amigo Diego. Mire: el humo rosado está en línea recta entre los dos grandes muelles del puerto. ¿Ve los muelles? Son en la oscuridad como unas armazones de luces bien ordenadas que entran al mar. La más recta y que más luce es de la Corporación del Santa. No sirve todavía, es pura fachada. Ha costado millones. Ese humo que a usted le impresiona tanto es de la Corporación; se lleva millones y no deja sino miles. El gobierno pierde allí millones día a día. Pero tiene fachada de poder. Nuestros muelles de harina casi no se ven y desembarcan millones cada noche. En la Corporación todo está «en orden»; hay tres empleados por cada escritorio, aunque cada empleado tenga su escritorio. Perdón, don Diego, más o menos así habla usted. ¿Quién se preocupa en Chimbote de la Fundición? Poca gente. El sindicato de empleados, el sindicato de obreros están ensablados. Moncada, el loco, los conoce... Yo, mi amigo, desprecio al gobierno como empresario... Pero no le he traído aquí para...

—Ese humo parece, sin embargo, como que saliera del pecho de usted, don Ángel. Del pecho de todos nosotros. Es rosado, se eleva contra todo, como si tuviera sangría en su incierta forma. Sale también de la garganta del ciego que cantaba con voz como de carnero, sin alegría ni tristeza, pero con fuerte ritmo. Me hizo bailar la voz de ese carnero ciego, botado, allí en el mercado, pero cantando como fierro desde el suelo. Yo he bailado mejor que un picador *sitar*, de esos que se elevan hasta las estrellas para afilar su pico y regresan a las quebradas y meten su lancetita en lo hondo de las flores, echando

que orilla la parte sur de la bahía que es casi la mitad de toda la playa sin igual de Chimbote. Mírela bien, amigo. Es obra de Braschi. Lo llamaron loco cuando él hizo su primera gran fábrica aquí, que era un desierto puro: arena limpia, mar sin olas, sitio salvaje. Ahora hay veinte fábricas, cada una con su muelle. En el muelle de Braschi fondean barcos de diez mil toneladas. «Águila», dice de él Caullama, «Águila sin detención, ojo del capital».

—Ahora, don Ángel, Braschi produce, Braschi compra; está aquí y en el Japón y Rusia; fabrica harina y fabrica locos también, ciegos también y él y su tropa de águilas sin detención se han alzado hasta donde no hay ni sol ni luna.

—Cierto, amigo Diego. Le he dicho que exagera usted. Pero ha volado muy alto.... ¿hasta dónde dijo usted?

—Hasta donde no hay sol ni luna...

—¡Eso, por las huevas del cangrejo, sea dicho en buen romance! Sólo desde esas alturas se manda, se dispone, se arregla, se pone en vereda a mezcolanzas tan peores que mierda de chanco de barriada, como es esta... país.

—¿Qué iba a decir en vez de país, don Ángel?

El jefe se rió. Una luz fuerte que llegaba de la tolva automática, un poco más arriba y en frente del trommel, hizo resaltar la mirada de los ojos grandazos y blancos de don Ángel.

—Iba a decir una mala palabra, don Diego.

—¡Patria! ¿No es cierto?

—Sí. ¿Cómo lo adivinó usted?

—No era muy difícil.

—¡Claro! Usted es algo especial, oiga, en esto y en lo otro. Ningún indio tiene patria, ¿no? Me consta. No saben pronunciar ni el nombre de su provincia. Ningún cholo, ningún negro verdadero, zambo o injerto, tienen concierto entre ellos. Son peores que los indios en eso. ¿Dónde está la patria, amigo? Ni en el corazón ni en la saliva. «¡A la mierda!», es el juramento de los cholos, injertos y negros; y los indios son una manada. ¡Ahí están! En los médanos y zancudales, robándose los unos a los otros. «¡A la mierda!». Pero... oiga usted esto; desde este barandal se lo digo: no saben pronunciar el nombre de su provincia los unos; los otros maldicen a su padre y a su madre; todos se emborrachan como gusanos, pero,

sin embargo, cuando se les enseña a manejar máquinas y, más todavía, cuando los ingenieros les explican el funcionamiento de las piezas difíciles, maestras, de las máquinas y de todo el conjunto, estos bestias aprenden, algo despacio, pero yo diría que más a fondo que los mismos gringos. ¿Me oye usted, don Diego? Mejor que los extranjeros, pero no tienen concierto, disciplina, orientación verdadera; su alma navega sin rumbo, como caragamento de mierda. Así y todo, a carajo limpio y a corazon, que tengo, he formado mi maestranza con indios y cholos. Desconfío de los negros y zambos. Ya verá usted; los indios me dicen padrino, los cholos y negros, tío. He mandado construir verdaderos complejos de máquinas con estos cholos. Los ingenieros se quedan con los ojos sin pestañear al ver cómo aciertan estos «nativos». A veces, oiga usted, se encantan con los tubos, los engranajes, las agujas, los vericuetos de las piezas; adivinan más que aprenden su funcionamiento; se quedan horas sin pretender sobretiempos y miran al encadenamiento de las piezas, su efecto; se alegran, festejan a las máquinas. No tienen remedio. No entienden; lo que se llama verdaderamente entender, no entienden. ¿Comprende usted?

El visitante, erguido, atento, en el pequeño espacio del pasadizo de acero del trommel, movió las orejas muy visiblemente, como una señal de asentimiento. Ahora parecía más alto que don Ángel.

—Comprende, claro —continuó el jefe—. No sé si es para mejor o para peor. Pero yo a esos «maestros» los hago y manejo. Y no los puedo tomar sino a contrato, porque la revisión y montaje de maquinarias los hacemos durante la veda grande. Tres meses. Después se van a vender papas, a comer basura en las barriadas. Quedan sólo un mecánico y su ayudante. Así es... Pero no hemos subido aquí al trommel a seguir discursando sino para que usted conozca y vea lo que es una gran fábrica, cómo, ahora que es más grande, la manejan un cuarto de obreros que antes. Y lo que Chimbote es de noche. Chimbote de noche somos nosotros, las fábricas de harina de pescado y aceite. Yo me carajeo del humo rosado de la fundición que a usted lo impresiona. De noche, estas máquinas, nuestros muelles y las bolicheras tragan anchoveta y defecan oro; eso es vida, ¿no? Los otros, los comerciantes y los miles de hambrientos, duermen en la oscuridad natural o en la oscuridad apagada. Aquí, en mi fábrica,

todo está prendido y no encontrará aquí ni un gringo, ni uno solo...

—Están donde no hay ni sol ni luna, don Ángel...

—Bueno, donde usted quiera, pero aquí ya no los necesitamos. Y ahora, al grano. Hablo mucho ahora, no sé por qué. Al grano. Vea: el trommel, este cilindro, gira y gira y deja limpia la anchoveta hasta de la última gota de agua; los pescadores ya no se llevan en billetes el peso del agua. Allá, en frente, está la tolva automática. Sigamos a la tolva; de allí recorreremos el complejo que fabrica la harina y el que fabrica el aceite. Todos hablan de la harina, nadie habla del aceite; sin embargo... Vamos, amigo.

El visitante dejó avanzar a don Ángel por la escala, luego bajó él. Era una escala angosta y larga. Don Diego pasó al jefe por el espacio inverosímil que dejaba ese cuerpo grueso en las gradas, por el lado izquierdo, donde no apoyaba la mano en la pasarela. «La oscuridad yo, la luz eléctrica tú. Yo voy a despertar. No se despierta de la luz. Se matan zancudos y nunca por nunca mueren.» Don Diego iba hablando y saltando las gradas. Un hombre abrió la puerta de la tolva automática al oír la voz. «Extraño pendejo éste que me han mandado de Lima; extraño hippy "incaico". ¡Y gracioso, carajo, y simpático, carajo! Muy extraño. Este Braschi se consigue auxiliares de toda laya», pensaba don Ángel, mientras bajaba las gradas aceitosas del trommel y subía la otra, la de la tolva que don Diego escaló verdaderamente como a cuatro patas.

—Es un visitante de Lima, de la Empresa —dijo al llegar a la puerta de la caseta—. Es enviado especial del señor Braschi; ustedes saben que él tiene toda clase de auxiliares. El señor no ha trabajado jamás en circos.

—Jamás, todo el tiempo —dijo don Diego.

Sus bigotes largos, gruesos, sumamente separados, su rostro alargado hasta terminar en una punta que acariciaba la curiosidad de los obreros, y el cuerpo tan desigual, la levita, nuevamente brillante de don Diego, fueron bien recibidos por los dos hombres. Lo saludaron familiarmente, casi sin darse cuenta.

—Esta pesadora trabaja con sonar —dijo don Ángel—. La inventó un ingeniero peruano. Cuando la tolva se ha llenado y ha registrado el peso, anuncia la operación con sonido y luz. El obrero aprieta un botón, la anchoveta

cae y la tolva se vuelve a llenar. La mancha un solo hombre. El otro es el pescador que controla la pesada de la carga de su lancha. ¿De dónde eres? —le preguntó al obrero.

—De Pataz, padrino, departamento Cajamarca.

—¿Sabes leer?

—Poco no más. Segundo primaria.

—¿Y tú? —le preguntó al pescador.

—De Buldibuyo; quinto año de primaria, don Ángel.

—Yo soy de toda la costa, arenales, ríos, pueblos, Lima. Ahora soy de arriba y abajo, entiendo de montañas y costa, porque hablo con un hermano que tengo desde antiguo en la sierra. De la selva no entiendo nada. ¿Cuántas toneladas ha sacado su lancha hoy, don Policarpo? —preguntó el visitante.

—Doscientas cincuenta.

—Buena plata.

—Más, mucho más para don Ángel y la Nautilus. ¿Le dijo don Ángel que mi nombre es Policarpo?

—No. Hay correspondencia entre el nombre, la voz y el corazón, ¿no es cierto?

—No, señor. No es cierto. Aquí, en la flota de la Nautilus había un zambo Policarpo que era chavetero.

El visitante sonrió. Se oyó un ruido sordo; el obrero apretó un botón rojo.

—Ese chavetero tenía otra voz distinta que la suya, amigo Policarpo.

—¡Qué gracia!

—Así es la gracia, ¿no es cierto?

—Quizá, amigo —le dijo Policarpo en tono completamente familiar—. La gracia es, pues, de cada quien.

—Yo vivo en la barriada La Esperanza y don Policarpo en El Trapecio —dijo el obrero.

—No te hemos preguntado eso, Juan. Nos vamos.

Don Ángel tomó del brazo al visitante.

—No baje a saltos la escala. Me ha indignado un poco el modo con que Policarpo le ha dirigido la última frase.

—Pero era correcta e irreproachable.

—Y usted no le da la misma importancia a la forma que un ejecutivo de Empresa.

—Claro, don Ángel; yo soy ejecutor oyente, no ejecutivo.

Llegaron a la orilla de las inmensas pozas de mil

toneladas. Allí caía la anchoveta en golpes e instantes exactos.

Una de las pozas estaba vacía. En el centro mismo de las paredes muy inclinadas del fondo, dos gusanos enormes, de acero, giraban, dirigiendo hacia la compuerta sus tornillos sin fin. Bajo la luz de un foco bastante lejano y alto que alumbraba las ocho pozas, en el eje de ese embudo de cemento opaco, cuadrado, los dos tornillos brillaban comiéndose el aire. Don Diego se apoyó en un brazo del jefe.

—Están girando en vano, están girando en el vacío. Es una demostración. No se preocupe, amigo. Mire: así, en cada curva hueca del tornillo, el gusano lleva la anchoveta a las rastras de abastecimiento. Para los visitantes especiales, si hay alguna poza vacía, yo ordeno que se haga funcionar el gusano. Basta con uno. El otro es de emergencia.

—Me asustó, de veras, el gusano. Parece que comiera aire en una sepultura vacía.

Don Ángel quedó muy complacido al oír esta declaración de su visitante, quedó muy complacido.

—Usted llama sepultura a una verdadera boca-mina. Cómo se ve que no entiende...

—Amigo, no siempre entender halaga, más bien, otras veces, asusta, un ratito.

—¡Usted, don Diego! Alégrese ahora; mire hacia la izquierda, vea esas cucharas de las rastras, esas cucharas que suben de las pozas llenas y llevan la anchoveta a las tolvas de abastecimiento general. La anchoveta no pierde todo su brillo en los tubos que la succionan y des-trozan, ni en cucharas ni rastras; no lo pierde hasta que entra a las prensas...

—¡Eso, don Ángel! Parece mercurio. No. Tampoco plata. Sólo la vida produce un brillo como ése que está viendo mi ojo. Y en esta poca luz, el mar nos manda su resplandor que nosotros apagamos y convertimos en otra vida; pero la muerte es como ese gusano que está en el vacío de cemento. Alguien lo dirige y él come aire; el aire que le dan para comer, ¿no es cierto?

—Cierto, don Diego. Pez grande se come al chico. Nada nuevo, mi amigo, si es que bien le entiendo.

—Entendido y adelante. Sigamos. Yo voy tras de usted.

—¡Esto es! Nuncha he hablado tanto. Pero, valgan

verdades, se me ha aclarado mejor el panorama de todo y por todo. Ahora va a entender bien a la fábrica porque hasta yo, amigo Diego, la entiendo más a fondo. Y... oiga, ¿sabía usted que en los cuentos de indios, cholos y zam-bos que aquí en la «patria» se cuentan, se llama Diego al zorro?

Ya don Ángel había bajado de las pozas, hablaba andando.

—Lo sabía, don Ángel.

Así recorrieron pasadizos de metal, subieron y bajaron pequeñas escaleras; caminaron bajo goterones de agua fría y caliente que caían de los altos depósitos o tuberías, saltaron sobre manchas de agua aceitosa; se detuvieron más en unos sitios que en otros, volvieron a subir...

—¿Comprendió? —dijo, al fin, don Ángel.

—Sí, todo está claro.

—Bueno. Pero, yo tengo que hacerle un resumen previo; sí, amigo, un resumen previo: el gusano colector de pozas lleva la anchoveta a las rastras de abastecimiento, éstas llenan las tolvas de abastecimiento general de las cocinas, o sea, los ciclones. De estas tolvas, la anchoveta pasa por los coladores a las prensas que aprietan. El caldo pasa de las prensas a la separadora de líquidos y sólidos. El queque, o sea, el sólido que sale de la prensa, la carne y huesos apretados del pez, pasa a los secadores o quemadores que son los ciclones. Allí empieza el proceso de fabricación de la harina. Ya vio usted los ciclones, giran con temperatura interior de mil grados. Del ciclón, el queque sale convertido en scrap, completamente seco que va a los molinos. De los molinos, la harina, ya la harina, es ensacada por un solo hombre que maneja un tubo automático, luego, el obrero coseedor, cierra la boca de la bolsa y la bolsa va por una polea hasta la plataforma de donde dos obreros la echan al camión. Los ciclones tienen chimeneas, producen humo, hacen ruido y parece como si fueran el fuelle central de la fábrica. Pero nadie ha observado el proceso del aceite. Vamos a encaminarnos a las centrífugas. Lo guiaré allá, en seguida.

Los dos estaban frente a los inmensos cilindros que lanzaban luz, pero no calor hacia el patio de cemento. Esa luz y el humo marcaban la figura de Ángel y Diego, desiguales y atentas. Las piernas muy cortas del visitante

se destacaban mucho, así como su leva, que parecía que iba a ser alcanzada por las llamaradas que se revolvían en el interior de los ciclones. Don Diego retrocedió un paso.

—Es que su leva, amigo, tiene apariencia de cisco de carbón. Vámonos de una vez. Nunca los ciclones han quemado gente, pero a lo mejor...

—Sí, don Ángel, a lo mejor. Yo le sigo.

Cruzaron el patio, el espacio abierto en que los ciclones giraban; entraron a un pasadizo ancho en cuyo aire tubos delgados corrían hacia un edificio largo, de puerta muy cuadrada. Llegaron a esa puerta y entraron a una galería que trepidaba con la fuerza que constreñían ocho aparatos raros, como de cobre, fierro, láminas, cucharas, alambres, aire feroz comprimido, todo bajo un techo no muy alto. El visitante quedó detenido a pocos pasos de haber entrado. Respiraba no con su pecho sino con el de las ocho máquinas; el ambiente estaba muy iluminado. Don Diego se puso a girar con los brazos extendidos; de su nariz empezó a salir una especie de vaho algo azulado; el brillo de sus zapatos peludos reflejaba todas las luces y compresiones que había en ese interior. Una alegría musical, algo como la de las olas más encrespadas que ruedan en las playas no defendidas por islas, sin amenazar a nadie, desarrollándose solas, cayendo a la arena en cascadas más poderosas y felices que las cataratas de los ríos y torrenteras andinas, de esas torrenceras a cuyas orillas delgados penachos de paja florida tiemblan; una alegría así giraba en el cuerpo del visitante, giraba en silencio y por eso mismo, don Ángel, y los muchos obreros que estaban sentados allí, tomando caldo de anchoveta, apoyados en los muros de la galería, sintieron que la fuerza del mundo, tan centrada en la danza y en esas ocho máquinas, les alcanzaba, los hacía transparentes.

—¡Por tuberías aéreas viene el líquido a estas centrifugas! ¡Estas centrifugas separan el aceite del líquido! ¡Mire el agua espumosa que sale de las centrifugas al canal conductor de cemento! ¡Mire cómo el canal se lleva un quince por ciento de cola, de materiales ricos! ¡Se van al mar, pero la otra fábrica de Braschi las recoge! Mire, don Diego, cómo gotea aceite de las centrifugas a los tubos; los tubos son de cristal. Se ve gotear el aceite. Ese aceite es oro que chorrea las veinticuatro horas del día, sin parar, sin parar nunca. De ese aceite se hacen cosméticos, pintura, manteca, lubricantes finísimos, don Diego,

El agua espumosa cae del canal a la playa, crea gusanos algo tibios de vida precaria. No sirven para nada.

El cuerpo tan desigual del visitante giraba casi en el mismo sitio, no se desplazaba sino unos centímetros; pero como era desigual y la velocidad de las vueltas no era regular sino destemplada, la forma del visitante cambiaba, y también la extensión y el color de su leva. El vaho azul que brotaba de su nariz empezó a brillantarse y se apagó, luego, de golpe. Don Ángel vio que los obreros palmeaban todos, ya de pie. Palmearon apenas el vaho se hubo apagado, y el cuerpo de don Ángel, desde ese momento cambió algo su música que ya no era oída hacia afuera sino hacia dentro, del aire hacia el interior del cuerpo, porque en el silencio de la galería sólo el palmeo de los cholos se escuchaba; en ese mismo silencio empezó a cambiar el color del gorro del bailarín, rojo primero, luego morado, luego verde, luego amarillo y finalmente blanco, igual que esas piedras en milenios pulidas debajo de los pequeños ríos constantes que sólo saben conservar e intensificar el color blanco, el verdoso y el gris de pequeñas piedras mamovibles de sus cauces en que todo se precipita.

—¡Están tomando caldo de anchoveta los obreros! ¿Quiere probar, don Diego? ¿Quiere probar? Estamos contentos —se oyó la voz del jefe.

—Sí, un poquito de caldo...

El visitante quedó de pie, frente a la pequeña fila de obreros. Nuevamente las centrifugas hicieron sentir la presión de su fuerza, se oyó el ruido. Don Diego se acercó a un obrero que le alcanzaba una taza enorme, de fierro aporcelanado.

—Es bueno, amigo —le dijo el obrero.

Don Diego sorbió el caldo, lo tomó de largo, todo.

Los obreros aplaudieron.

—Así me gusta —dijo don Ángel—. Este joven es un amigo de la Empresa...

—¡Qué va ser! —gritó casi un obrero.

—Un amigo de Braschi...

—Puede...

—Que sí o que no...

—Es la alegría, don Ángel. La alegría —habló el visitante.

—Cuando hay trabajito, don —dijo otro obrero.

—Aquí está un tercio de los obreros que mueven la

fábrica. Les gusta tomar caldo de anchoveta en esta galería.

—¿A quién no, don Ángel?

—Terminó el recorrido, nos vamos. Dígales adiós a los cholos.

—Yo, para qué les voy a decir adiós, ¿no es cierto?

—¡Claro!—contestaron en coro los obreros.

Don Diego se quitó el gorro y su pequeña cabeza alargada, sus orejas algo puntiagudas y como afelpadas volvieron a silenciar la galería. Una punta de la lengua del visitante apareció fuera de los labios, su humedad se convirtió en un vapor apenas visible; el color azul de la humedad que todos veían y que sentían también en el aire refrescó la galería. Los obreros salieron tras don Ángel y don Diego. En la galería quedó un solo hombre. Afuera, por encima del humo de la Nautilus, una columna ascendente, rosada, sin bordes, como la danza de don Diego, se alzaba en el cielo.

—Yo le he dicho a don Ángel que ese humo de la Fundación parece como el aliento de Chimbote. Pesa, tiene color rosado, garraspianto, que alumbra—dijo don Diego, volviéndose hacia la fila de los obreros. Llevaba aún el gorro en la mano.

—Quién sabe, don—contestó la misma voz que se refirió al trabajito y la alegría.

El ruido de la fábrica se escuchaba más intensamente algo lejos de ella que en su propio centro.

—¿Verdaderamente no quiere ir al «Gato Negro»?—preguntó don Ángel al visitante, ya cerca de la puerta de la Nautilus—. Mire; son las dos de la mañana; eso debe estar que arde. Como acaba de cerrarse la veda grande y los pescadores han cobrado tres semanas fuertes de pesca, a esta hora van al «Gato» muchos, antes de embarcarse. Recuerde que los pescadores de Chimbote no son menos de cinco mil. ¿Cuántos de esos cinco mil irán esta noche a ver a «La Caprichosa», como en la guerra, sin poder largarse después, inmediatamente, a un burdel o a un hotelito? «La Caprichosa» acaba de llegar, al cierre de la veda; es una desnudista que ha entusiasmado a cojos, mancos y viejos. Los pescadores la ven y se largan a embarcar. Se masturban en el cerebro y se aguantan hasta el

viernes, y no sólo los solteros, oiga. A veces, más, mucho más, los casados, que no se pueden revolver con sus mujeres como lo hacen con las chuchumecas. No están peor que los soldados norteamericanos de Vietnam, con la Raquel Welch que el Estado yanki les envía. La diferencia consiste en que los pobres marines no tienen allá más burdeles, creo, que las trampas de bambú... Todo lo contrario que una chuchumeca del salón Rosado o una gran puta del hotel «Florida» de Chimbote. ¿No? ¡Usted, de aquí, debería ir al «Gato» conmigo, amigo Diego!

—Ya, don Ángel. Lléveme al «Gato». Pero...

—No, Diego. Todo por mi cuenta. El recorrido ha de ser completo.

—Entendido, aceptado y agradecido, señor don Ángel.

No le preguntó el jefe cómo había llegado el visitante hasta la fábrica. Volvieron hacia el campo de parqueo que estaba junto a las oficinas. Don Ángel prendió los faros del jeep, la luz alta, y ésta alumbró un extremo de la pampa, donde la fábrica depositaba la harina, las últimas filas de sacos que se perdían en la oscuridad, muy lejos de las columnas de humo.

—¿Hasta dónde llega el depósito, esta pampa, y de dónde empieza, don Ángel? Última pregunta. No veo el fin de esta ruma de sacos.

—Llega hasta el mar; comienza en el muro que limita esta fábrica con la que queda más hacia el sur. El depósito corre paralelo al mar, es su parte larga. Digamos, quinientos metros por doscientos de ancho. No está ocupado ni un tercio del campo, unas sesenta mil toneladas. Por eso Braschi hizo aquí su fábrica. Mire: el faro del jeep no alcanza bien el extremo de la ruma de sacos. No está en línea recta. Hay todavía entre El Trapecio y el casco urbano depósitos en peligro de ser invadidos o expropiados. En esta pampa cercada, que excita, porque nunca se llena toda con sacos de harina, puede usted ver, amigo, otra cara de «Águila sin detención».

—De las águilas...

El huachimán de casco blanco bajó la cadena de la puerta y saludó. Los faros del jeep iluminaron la carretera irregular, llena de baches, cubierta de ripio polvoriento que bordeaba el arco de luces de las fábricas del sur de la bahía.

—Tenemos que ir despacio por esta fea carretera. Sé por qué no la pavimentan, pero no hay tiempo para contar más historias. Cuando lleguemos al asfalto meteré el fierro a fondo. Tengo que volver a la oficina.

En la puerta de cada fábrica se repetía el mismo conjunto de ramadas, donde ofrecían café, fruta, cerveza, sanguches, y una pequeña fila de hombres sentados a cierta distancia de la luz.

—Ésos esperan en vano un trabajador —dijo don Ángel—. Esperan a sus paisanos y «primos» que son obreros. Rara vez consiguen que les avisen que alguien ha de faltar y que pueden trabajar una noche, ocho horas, a veces dieciséis... El caldo de anchoveta... Mis obreros hacen dos turnos alternados de ocho horas, es decir, dieciséis por día... Estos pobres...

—Están, ¿algo peor que los yankis en Vietnam?

—Son comparaciones disparajes. Éstos mueren más y de a despacio... El yanki patea duro, ¿no? No es igual muerte natural que muerte a punta de bambú o a bala.

Pasaron junto a las orillas de un extenso totoral. Había chozas construidas muy cerca del agua.

—Increíble, amigo Diego —dijo don Ángel—. Viven mejor, allí, es decir, mejor que una conjunción de patos y zancudos. Allí vive gente, cholos, indios; hay hasta tiendas, corralitos de chancos, de cuyes y patos, entre la champa de falsa solidez de las orillas de esos fan-gales tan extraños en este desierto. Allí bailan, ciertos días, se emborrachan, levantan hasta banderas peruanas, sin saber.

—Así es. El hombre aguanta...

—¡Es rey! —dijo don Ángel, lanzando una carejada—. De la carretera hacia el mar y en los médanos, hay barridas mejores, mucho mejores. Pero éstas de la aguada, oiga, no son tan tristes, no sé por qué porquería de razones. No son tristes.

—Es rey, dijo usted, ¿no?

—Oiga, amigo. Nadie sabe jalar la lengua tan alegre y jodidamente como usted.

—Es que yo no jalo. Yo entro.

—¡Eso! Nos hemos metido, usted en mí y yo en usted. ¡Ahora verá el «Gato»! Buen fin de fiesta.

Llegaron a la Carretera Panamericana y cruzaron a gran velocidad el iluminado barrio El Trapecio. Colecti-

El rey (1969).

vos automóviles, que iban y venían por la pista asfaltada, muy negra, formaban un cordón de dobles faros casi continuo...

—Los burdeles y las fábricas están por este lado. Al norte de la bahía no hay sino un núcleo industrial pesado, el de La Caleta.

—Y también están allí el hospital público, llamado de La Caleta, y la morgue oficial, ¿no?

—Allí están. Aquí, enfrente, el «Gato». Caleta y «Gato»... ¿Recuerda?

Una corta fila de taxis estacionados hacían guardia cerca del night club. Sobre un muro rosado estaba pintada la cabeza de un gato negro entre dos palmeras. Una especie de cortina hecha de cañas de bambú protegía la puerta de entrada al salón.

Llegaron a tiempo. «La Caprichosa» acababa de quitarse la última prenda, un calzón de nylon transparente, pero cuyos bordes se marcaban en el cuerpo muy blanco de la bailarina.

—Le han hecho un tablillo al fondo de la sala; el ring de baile queda al centro. Debe estar lleno de borrachos —dijo don Ángel—. Un tablillo especial de dos gradas.

La mujer no tenía las nalgas ni los pechos ni las caderas tan groseramente opulentos como las figuras que aparecían en los carteles y fotografías de propaganda que el mismo night club exponía en las vitrinas de su puerta. Protegiéndose el sexo, muy calculadamente, con una de sus piernas; algo agachada, con los cabellos caldos sobre uno de los pechos, mirándose los brazos que movía lentamente, «La Caprichosa» exhibía un cuerpo más bien delgado. Ondulaba la cintura con lujuria bien contenida y dirigida. La sala estaba bastante oscura y en silencio. Don Ángel y su visitante, de pie, muy cerca de la puerta, vieron a un hombre flaco acercarse, reptando, hasta el tablillo. Las luces directas que daban sobre el cuerpo de la bailarina permitieron a ellos, que estaban de pie, ver la figura del hombre que se arrastraba bajo el nivel del escenario hacia las gradas que estaban a un costado del salón. El hombre llegó a las gradas, se puso de pie y subió de un salto al escenario. Tenía un fajo de billetes en la mano. Era joven, pero algo calvo.

—¡Dejen al Tarta! —gritó alguien desde la oscuridad. Le hicieron caso. Hacía el fondo del tablillo apare-

hacia (1983).

cieron dos hombres altos, gruesos; se quedaron junto al muro, con las manos atrás.

El Tarta avanzó respetuosamente hacia la bailarina. Estiró el brazo y mostró en el puño un fajo de billetes de quinientos soles, sellado. La luz hizo resaltar el color de los billetes.

—Cin-cin-cinco mil soles... P-por un beso... en la-la-la chu-chu-meca. A-a-ahorita.

Habló y siguió avanzando despacio, como si temiera asustarse él, él mismo. La mujer lo miró; no volvió los ojos a ninguna otra parte. La luz hacía resaltar la boca abierta del Tarta, que no era demente sino, por el contrario, como de quien va acercándose a una fuente de agua florida, con ansia caldeada de lanzarse, ni a herir ni a escandalizar, sino a prender un rayo, a tomarlo en la boca.

Depositó el fajo de billetes en el suelo. Se arrodilló. La mujer se alzó un poco con el mismo movimiento ondulante; la pierna con la que se protegía la hizo girar, abriéndola, y se puso de costado al público. El Tarta avanzó de rodillas; tomó con cada mano una pierna de la mujer. Quienes estaban al costado del escenario hacia donde la bailarina dirigió la cara, pudieron ver los pelos algo rubios en el pubis de la mujer y hundir allí los labios al Tarta, con los ojos cerrados. Luego de un largo instante, de puro silencio, retrocedió, sin ponerse de pie. Los dos hombres que estaban al fondo del escenario corrieron hacia la desnuda; ella levantó el fajo de billetes y su ropa, y se hizo alzar por los dos hombres, así desnuda. Desapareció tras una pequeña puerta que la mujer abrió con el pie. En la oscuridad ya bramaban los hombres.

—Ése es el Tarta. Lengua de bestia y lengua de ese que en la antigüedad llamaban Platón o Diógenes, o mierda, don Diego, amigo. No, no es bestia. Usted lo ha visto.

Nadie contestó a don Ángel. Ni nadie podía prender las luces.

—¡Las luces, carajo! ¡Conchae'su madres, las luces! ¡Prendan, carajo!

El Tarta bajó las gradas, se agachó. Sintió que una mano áspera y angosta lo jalaba de su mano derecha y se la apretaba. Él se dejó llevar. Don Ángel avanzó más hacia dentro del salón y también empezó a gritar que prendieran la luz. El Tarta apareció fuera de la cortina de

bambú, en la calle. Un hombre pequeño, de hocico largo, le sonreía; un valho azulino salía de su boca.

—Tú, tú eres un «zorro» —le dije al Tarta sin atracarse—. ¿Vienes de arriba de los cerros o del fondo del Totoral de la Calzada? ¿O yo soy tú y por eso no tartamudeo? Nadie hace lo que he hecho yo con sólo cinco mil soles en el puño. Nadie, amigo Tarta, entre esas fieras y con la más desnaturalizada fiera. Eso se hace cuando hay fuego en el corazón, fuego de vida, aunque revuelta, como la de ese hongo maldito de humo rosado que se eleva de Chimbote, que si es una chucha en la que estoy metido hasta el cuello, pero sin pudrirme. Vida entre cholos disparejos, criollos chaveteros y chimpancés internacionales chupadores de toda sangre, de mar, aire y tierra, amigo, amigo Tarta. Cúdense de Ángel Rincón. Es el oído del oído de los chimpancés. Usted no necesita que yo me despidan. Yo soy el Tarta.

Subió la rampa sin tambalearse; luego, desde allí, llamó a un taxi. Diego se puso la gorra, vaciló un instante. Ya con luz, el «Gato» se colmaba más y más de bramidos. Todos los choferes corrieron hacia la puerta. Don Diego se echó a galopar hacia el campo cerrado de la estación del Ferrocarril Huallanca-Chimbote. Para eso tuvo que escalar los muros de un depósito de bolsas de harina de pescado, del último que aún quedaba tan cerca del casco urbano. Estuvo corriendo varios minutos sobre las ruinas de bolsas de a diez en alto. Llegó a La Línea y allí se perdió en la oscuridad de la densa barriada «21 de Abril».

—Conté veinte mil sacos de harina —dijo—. ¿Me oyes?

¿Último Diario?

(Trozos seleccionados y corregidos en Lima, el 28 de octubre)

SANTIAGO DE CHILE, 20 DE AGOSTO DE 1969

He luchado contra la muerte o creo haber luchado contra la muerte, muy de frente, escribiendo este entrecortado y quejoso relato. Yo tenía pocos y débiles aliados, inseguros; los de ella han vencido. Son fuertes y estaban bien resguardados por mi propia carne. Este desigual relato es imagen de la desigual pelea.

pelea. (1970).

¡Cuántos Hervores han quedado enterrados! Los Zorros no podrán narrar la lucha entre los líderes izquierdistas, y de los otros, en el sindicato de pescadores; no podrán intervenir. Los siglos que cargan en sus cabezas cada uno de esos hombres enfrentados en Chimbote y continuadores muy sui generis de una pugna que viene desde que la civilización existe. No aparecerá Moncada pronunciando su discurso funerario, de noche, inmediatamente después de la muerte de don Esteban de la Cruz; el sermón que pronuncia en el muelle de La Caleta, ante decenas de pescadores que juegan a los dados cerca de las escalas por donde bajan a las pancas y chalanas que los llevan a las bolicheras. Los Zorros iban a comentar y danzar este sermón funerario en que el zambo «loco» enjuicia al mar y a la tierra. Y el último sermón de Moncada en el campo quemado, cubierto de esqueletos de ratas, del mercado de La Línea que la municipalidad manda arrasar con bulldoseres. Allí el zambo hace el balance final de como ha visto, desde Chimbote, a los animales y a los hombres. Porque él es el único que ve en conjunto y en lo particular las naturalezas y destinos; y los Zorros no danzarían a saltos y luces estas últimas palabras. No podré relatar, minuciosamente, la suerte final de Tinoco que, embriagado, con el pene tieso, intenta escalar el

hablar de la lucha (1969). (1970)

sui generis [sin particularidad genérica] (1970)

pancas chalanas (1970).

médano «Cruz de Huesos», creyendo que así ha de sanar, y no puede avanzar un solo paso, hasta que la arena lo entierra mientras que «Ojos de Paloma» y Paula Melchora... El Zorro de Arriba, bailando como un trompo, ha estado llamando desde la cima del médano a Tinocucha, mientras hierven en el aire las lágrimas de «Ojos de Paloma» y la felicidad atrozidad de Paula Melchora. Sí. Y cómo Chaucauto... larga y sanguinolenta historia que ninguno de los Zorros danza. Miran al padre inocente de Brachi, comprendiendo. No saben llorar. Ladrarán... El «magnánimo» proyecto del chanchero se va a cumplir. Y Asto, a pesar de que no ha podido aprender a bailar cambia, queda encendido, fortalecido, contento, y pendiente, al parecer de por vida y cual de una percha, de la blancura y carinosidad de la «Argentina» que lo trata siempre como a una vizechita. Los Zorros no discuten esto. Antón Crispín lo hace oír en su guitarra, como ustedes saben, a oscuras.

Ni el suicidio de Orfa que se lanza desde la cumbre de «El Dorado» al mar, desengañada por todo y más, porque allí, en la cima, no encuentra a Tutaykire trezando oro ni ningún otro fantasma y solo un blanqueado silencio, el del guano de isla. En su propia casa, el pescador Asto, ese indio, le había dicho, como pensando en otra cosa, delante de un testigo tan serio como el gringo al que llamaban Max y de un cholo de hocico largo y de gorra que parecía tener lentejuelas, le había dicho que en la cima de «El Dorado», un fantasma protector y grande trezaba una red de oro. Pero ella no lo pudo ver porque tenía los ojos con una cerrazón de feroces arrepentimientos, de una sapra, y saltó al abismo con su huahua en los brazos, a ciegas.

Ni la muerte de Maxwell, degollación, cuya vida no toleva el «Mudo» en quien Chaucauto ha enardecido el veneno, alejándole con brazos de cocho embravecido en su última hora. Ni la vida luz tímida de Cardozo y de Ojos Verdes-claros. Los Zorros corren del uno al otro de sus mundos; bailan bajo la luz azul, sosteniendo trozos de bosta agusanada sobre la cabeza. Ellos sienten, musian, más claro, más denso que los medio locos transidos y conscientes y, por eso, y no siendo mortales, de algún modo hiltanan e iban a seguir hiltanando los materiales y almas que empezó a arrastrar este relato.

«Es mucho menos lo que sabemos que la gran esperanza que sentimos, Gustavo? ¿Puedes decirlo tú, el teólogo del Dios

Ojos de Paloma (1983 *pasim*).

«La (1969c); (1970).
Argentina (1983).

ojos verde-claros (1970).

liberador, que llegaste a visitarme aquí, a Lorena 1275, donde estuvimos tan contentos a pesar de que yo en esos días ya no escribía nada? Claro; yo te había leído en Lima esas páginas de Todas las sangres en que el sacristán y cantor de San Pedro de Lahuaymarca, quemada ya su iglesia y refugiado entre los comuneros de las alturas, le replica a un cura del Dios inquisidor, le replica con argumentos muy semejantes a los de tus lúcidas y patéticas conferencias pronunciadas, hace poco, en Chimbote.

Yo iba o pretendía... El primer capítulo es tibión y enredado... Pretendía un muestrario cabalgata, atizado de realidades y símbolos, el que miro por los ojos de los Zorros desde la cumbre de Cruz de Hueso adonde ningún humano ha llegado ni yo tampoco... Debía ser anudado y exprimido en la Segunda Parte. Te parecías a los dos Zorros, Gustavo. Yo te pediría que después de que algún hermano mío tocara charrango o quena (Jaime, Máximo Damián Huamani o Luis Durand), después que cualquiera de los jóvenes políticos de izquierda que no están sentenciados y presos y que tanto se peleaban cuando salí del Perú... Sí, si fuera posible y el aceptara, Edmundo Murrugarra. Edmundo fue mi alumno en un cursito que dicté en San Marcos. Edmundo también tiene la cara de los dos Zorros; tiene una facha de vecino de pequeño pueblo, un alma iluminada y acerada por la sed de justicia y las mejores lecturas... A nombre de la Universidad, si es posible y él acepta, Alberto Escobar. Y por los muchachos, si les parece bien a ellos, un estudiante de La Molina. (¡Qué poco hice por la Universidad aunque quizá algo hice para ella!)

Me gustan, hermanos, las ceremonias honradas, no las fantochadas del carajo. Las ceremonias no ceremoniosas sino palpitación. Así creo haber vivido; si es posible. Y tú, Gustavo, o vosotros, como es lo correcto decir, Alberto, Máximo Damián, Jaime, Edmundo... No se van a prestar en jamás de los jamases, mientras sean como yo los conocí, a fantochadas... Hay en mis huesos muchas de las apetencias del serrano antiguo por angas y mangas, convertido por sus madres y padres, malos y buenos, en vehemente, asolemnado y alegre trabajador social; invulnerable a la amargura aun estando ya descajado. Dispénsenme la inocente y segura convicción; invulnerable como todo aquel que ha vivido el odio y la ternura de los runas (ellos nunca se llaman indios a sí mismos).

... Quizá conmigo empieza a cerrarse un ciclo y a abrirse otro en el Perú y lo que él representa; se cierra el de la calan-

cabalgata, [...] de realidades»
(1969c); (1970)

anudado y atizado (1969c);
(1970)

y después (1969c); (1970)

universidad (1969c)

convertidos (1970)

estando [...] descajado (1970)

y abrirse (1969c); (1970)

dria consoladora, del azote, del arrieroaje, del odio impotente, de los junches «alzamientos», del temor a Dios y del predomnio de ese Dios y sus protegidos, sus fabricantes; se abre el de la luz y de la fuerza liberadora invencible del hombre de Vietnam, el de la calandria de fuego, el del dios liberador, Aquel que se reintegra. Vallejo era el principio y el fin.

«¡Creéis, vosotros, Emilio Adolfo, Alberto, Gustavo, Edmundo, que todo esto que digo y pido es vanidad? Esta novela ha quedado inconclusa y un poco destroncada, y acaso don Gonzalo no la considere de mérito suficiente para publicarla, y con razón (tengo un compromiso de buena fe con él), pero mi vida no ha sido trunca. Despidan en mí un tiempo del Perú. He sido feliz en mis llantos y lanzazos, porque fueron por el Perú; he sido feliz con mis insuficiencias porque sentía el Perú en quechua y en castellano. Y el Perú ¿qué?: Todas las naturalezas del mundo en su territorio, casi todas las clases de hombres. Es mucho menos extenso pero más diverso de como fue la Rusia antigua. Esos ríos de «tanta y tan crecida hondura», como ya lo sintió don Pedro Cieza mucho antes que se hicieran más profundos e intrincados. ¿No sabemos mucho, Emilio Adolfo? Y ese país en que están todas las clases de hombres y naturalezas yo lo dejo mientras hierve con las fuerzas de tantas sustancias diferentes que se revuelven para transformarse al cabo de una lucha sangrienta de siglos que ha empezado a romper, de veras, los hierros y tinieblas con que los tenían separados, sofrenándose. Despidan en mí a un tiempo del Perú cuyas raíces estarán siempre chupando jugo de la tierra para alimentar a los que viven en nuestra patria, en la que cualquier hombre no engrilletado y embrutecido por el egoísmo puede vivir, feliz, todas las patrias. ¿Cómo están las fronteras de alambres de púas. Comandante? ¿Cuánto tiempo durarán? Igual que los servidores de los dioses, tiniebla, amenaza y terror, que las alzaron y afilaron, creo que se debilitan y corren.

En la voz del charango y de la quena, lo oiré todo. Estará casi todo, y Maxwell. Tú, Maxwell, el más atingido, con tantos monstruos y alimañas dentro y fuera de ti, que tienes que aniquilar, transformar, llorar y quemar.

Viet Nam (1970), la 2.^a publ. (N.^o 60) por: Vietnam. liberador. (1970).

lo (1970).

todas (1969c); (1983).

los que (1970).

comandante (1969c).
dioses tiniebla (1970).

22 DE OCTUBRE

He vuelto de un viaje no tan inútil que hice a Lima. Habrán de dispensarme lo que hay de petitorio y de pavonearse en este último diario, si el balazo se da y acierta. Estoy seguro que es ya la única chispa que puedo encender. Y, por fuerza, tengo que esperar no sé cuántos días para hacerlo.

viaje tan inútil (1970), la 2.^a publ. (N.^o 60) rectifica: viaje no tan inútil
pavoneante (1970)

Epílogo

Santiago de Chile, 29 de agosto de 1969.
(Corregido y reafirmado a mi vuelta, en Lima,
el 5 de noviembre)

Señor Don
Gonzalo Losada
Buenos Aires

Querido don Gonzalo:

Uno de estos días me voy definitivamente a Lima. Esta carta se la entregarán junto con el «¿Último Diario?» de los «Zortos», documento que acaso pueda, como pretende, aliviar la novela de su verdadero aunque parcial truncamiento. Tendencias y personajes ya definidos —el proyecto era amarrar y atizar en la Segunda Parte— y símbolos apenas esbozados que empezaban a mostrar su entraña han quedado detenidos. Así los capítulos de la Primera Parte y los episodios de la Segunda. Llegan, creo, a formar una novela algo inconexa que contiene el germen de otra más vasta. Veo ahora que los Diarios fueron impulsados por la progresión de la muerte.

¿Se acuerda usted que le escribí —me parece que fue en junio— anunciándole que en dos o tres meses más concluiría el primer borrador de los *Hervores* que me faltaban de la Segunda Parte? Si hubiera podido seguir trabajando al ritmo con que lo hacía entonces quizá lo habría conseguido. Pero me cayó un repentino *huayco* que enterró el camino y no pude levantar, por mucho que hice, el lodo y las piedras que forman esas avalanchas que son más pesadas cuando caen dentro del pecho. Quiero dejar constancia que el *huayco* fue repentino pero no completamente inesperado. Hace muchos años que mi ánimo funciona como los caminos que van de la

huayco (1983 *pasadim*)

costa a la sierra peruana, subiendo por abismos y laderas geológicamente aún inestables. ¿Quién puede saber qué día o qué noche ha de caer un *huayco* o un derrumbe seco sobre esos caminos? La novela ha quedado, pues, lo repito, no creo que absolutamente trunca sino contenida, un cuerpo medio ciego y deforme pero que acaso sea capaz de andar.

Allí están, por ejemplo, cuatro hombres indo-hablantes que por la diferencia de sus orígenes y destinos se expresan y llegan a ser en la ciudad puerto industrial (ese retorcido pulpo fosforescente) distintos castellanos aunque de procreación semejante; y se encaminan, claro, a puntos o estrellas unos más definidos que otros. Y andan a pasos de otra laya, cada uno. Y están, también, dos ciudadanos criollos, porteños, muy contrapuestos: «libre» el uno, Moncada; amancornado el otro, Chaucato. Así es... Y hay unos cuantos más, a medio hacer; aparte de los Zorros, sus andanzas y palabras. Unos símbolos, una trompeadura atajados en el momento en que ya todos empezaban a encenderse.

Por eso, si a juicio de sus asesores y de usted mismo, don Gonzalo, el relato aparece como insuficiente, deje a mi viuda que lo ofrezca a cualquier editor peruano o de otro país. Yo no dudo del valor de algunos capítulos (he alcanzado a recomponer el primero en estos días) y de la importancia documental del conjunto. No puedo aventurar un juicio definitivo, tengo dudas y entusiasmos. Ha sido escrito a sobresaltos en una verdadera lucha —a medias triunfal— contra la muerte. Yo no voy a sobrevivir al libro. Como estoy seguro que mis facultades y armas de creador, profesor, estudioso e incitador, se han debilitado hasta quedar casi nulas y sólo me quedan las que me relegarían a la condición de espectador pasivo e impotente de la formidable lucha que la humanidad está librando en el Perú y en todas partes, no me sería posible tolerar ese destino. O actor, como he sido desde que ingresé a la escuela secundaria, hace cuarentitis años, o nada.

De usted he recibido, con motivo del proyecto de redacción de los «Zorros» y mientras escribía el libro, las más nobles, las más generosas cartas. Le estoy agradecido, y teniendo en cuenta su buena voluntad le hago un último pedido: una edición popular de *Todas las sangres* para el Perú y del relato sobre Chimbote, si alcanzara a

[Aparte] Debo al auxilio de la Dra. Lola Hoffman el haber escrito trece de los catorce capítulos de «Todas las sangres» hasta el último *Herzor* (1969c).

tener demanda. Algún día los libros y todo lo útil no serán motivo de comercio lucrativo en ninguna parte. Yo sé que usted está de acuerdo, en el fondo, con esta conveniencia y que no ha sido el lucro el estímulo principal de su empresa de editor. Mi viuda estará absolutamente de acuerdo con el pedido que le hago. Ella tiene derecho sobre esos dos libros (*). Además, si usted acepta «El zorro de arriba y el zorro de abajo» así como está y mantiene su decisión de disponer la edición inmediata, le pido insertar a manera de prólogo el breve discurso que pronuncié cuando me entregaron el premio Inca Garcilaso de la Vega, y que mi viuda, Sybila (acero y paloma) y mi amigo Emilio Adolfo Westphalen, se encarguen de revisar las pruebas y le aconsejen respecto de la edición. Emilio Adolfo es mi amigo desde 1933; no ha hecho concesiones interesadas nunca y creo que es el poeta y ensayista que más profundamente conocía y conoce la literatura occidental y quien muy severa y jubilosamente apreció y difundió la literatura peruana, oral y escrita, desde las revistas que ha dirigido y dirige. A él y al violinista Máximo Damián Huamani, de San Diego de Ishua, les dedico, temeroso, este lisiado y desigual relato. Debo al auxilio de la Dra. Lola Hoffman el haber escrito desde el II capítulo de «Todas las sangres» hasta la última línea de los *Herzores*.

Reciba usted un abrazo de despedida de su amigo,

José María Arguedas

P. D. Dedicaré no sé cuantos días o semanas a encontrar una forma de irme bien de entre los vivos.

P. D. (a mi vuelta de Lima). Obtuve en Chile un revólver calibre 22. Lo he probado. Funciona. Está bien. No será fácil elegir el día, hacerlo.

(*) Mi ex mujer, Celia Bustamante, tiene derecho sobre mis otras novelas y cuentos. Ella, su hermana Alicia y los amigos comunes me abrieron las puertas de la ciudad (Lima) o hicieron más fácil mi no tan profundo ingreso a ella y, con mi padre y los libros, el mejor entendimiento del castellano, la mitad del mundo. Y también con Celia y Alicia empezamos a quebrantar la muralla que cerraba Lima y la costa —la mente de los criollos todopoderosos, colonos de una mezcla bastante indefinible de España, Francia y los Estados Unidos y de los colonos de estos

relato [—] (1969b).

amigo. (1983).

ciudad de (1969b).

colonos — quebrantar la muralla que cerraba Lima y la costa a la *mesta* en milenios creada y perfeccionada por quechuas, aymaras y mestizos. Ahora el Zorro de Arriba empuja y hace cantar y bailar, él mismo, o está empujando a hacer danzar el mundo, como lo hizo en la antigüedad la voz y la tinya de Huatayacuri, el héroe dios con traza de mendigo.

José María Arguedas

Señor Rector de la

Universidad Agraria, Jóvenes estudiantes:

Les dejo un sobre que contiene documentos que explican las causas de la decisión que he tomado.

Profesores y estudiantes tenemos un vínculo común que no puede ser invalidado por negación unilateral de ninguno de nosotros. Este vínculo existe, incluso cuando se le niega: somos miembros de una corporación creada para la enseñanza superior y la investigación. Yo invoco ese vínculo o lo tomo en cuenta para hacer aquí algo considerado como atroz: el suicidio. Alumnos y profesores guardan conmigo un vínculo de tipo intelectual que se supone y se concibe debe ser generoso y no entrañable. De ese modo recibirán mi cuerpo como si él hubiera caído en un campo amigo, que le pertenece, y sabrán soportar sin agudezas de sentimiento y con indulgencia este hecho.

Me acogerán en la Casa nuestra, atenderán mi cuerpo y lo acompañarán hasta el sitio en que deba quedar definitivamente. Este acto considerado atroz yo no lo puedo ni debo hacer en mi casa particular. Mi Casa de todas las edades es esta: La UNIVERSIDAD. Todo cuanto he hecho mientras tuve energías pertenece al campo ilimitado de la Universidad y, sobre todo, el desinterés, la devoción por el Perú y el ser humano que me impulsaron a trabajar. Nombro por única vez este argumento. Lo hago para que me dispensen y me acompañen sin congoja ninguna sino con la mayor fe posible en nuestro país y su gente, en la *Universidad* que estoy seguro anima nuestras pasiones, pero sobre todo nuestra decisión de *trabajar* por la liberación de las limitaciones artificiales que impiden aún el libre vuelo de la capacidad humana, especialmente la del hombre peruano.

hecho. Me acogerán (1983). El texto de la versión (1983) ha sido cotejado con el original de la carta por S. A.

ésta (1983).

Creo haber cumplido mis obligaciones con cierto sentido de responsabilidad, ya como empleado, como funcionario, docente y como escritor. Me retiro ahora porque siento, he comprobado que ya no tengo energía e iluminación para seguir trabajando, es decir, para justificar la vida. Con el acrecentamiento de la edad y el prestigio las responsabilidades, la importancia de estas responsabilidades crecen y si el fuego del ánimo no se mantiene y la lucidez empieza, por el contrario, a debilitarse, creo personalmente que no hay otro camino que elegir, honestamente que el retiro. Y muchos, ojalá todos los colegas y alumnos, justifiquen y comprendan que para algunos el retiro a la casa, es peor que la muerte.

He dedicado este mes de noviembre a calcular mis fuerzas para descubrir si las dos últimas tareas que comprometían mi vida podían ser realizadas dado el agotamiento que padezco desde hace algunos años. No. No tengo fuerzas para dirigir la recopilación de la literatura oral quechua ni menos para emprenderla, pero con el Dr. Valle Riestra, Director de Investigaciones, se convino en que esa tarea la podía realizar conforme al plan que he presentado. Voy a escribir a la Editorial Einaudi de Turín, que aceptó mi propuesta de editar un volumen de 600 páginas de mitos y narraciones quechuas. Nuestra Universidad puede emprender y ampliar esta urgente y casi agónica tarea. Lo puede hacer si contrata, primero, con mi sueldo que ha de quedar disponible y está en el presupuesto, a Alejandro Ortiz Recaniere, mi exdiscípulo y alumno distinguido de Lévi-Strauss durante cuatro años y lo nombra después. El se ha preparado lo más seriamente que es posible para este trabajo y puede formar, con el Dr. Alfredo Torero, un equipo del más alto nivel. Creo que la Editorial Einaudi aceptará mi sustitución por este equipo que representaría a la Universidad. En cuanto a lo demás está expuesto en mi carta a Losada y en el «Último Diario» de mi casi inconclusa novela «El Zorro de arriba y el zorro de abajo». Documentos que acompaño a este manuscrito.

Declaro haber sido tratado con generosidad en la Universidad Agraria y lamento que haya sido la institución a la que más limitadamente he servido, por ajenas circunstancias. Aquí, en la Agraria, fui miembro de un Consejo de Facultad y pude comprobar cuán fecunda y necesaria es la intervención de los alumnos en el go-

Recaniere (1983)

El (1983)
seriamente (1983)

Último (1983 *pasim*)

bierno de la Universidad. Fui testigo de cómo delegados estudiantes fanatizados y algo brutales fueron siendo ganados por el sentido común y el *espíritu universitario* cuando los profesores en lugar de reaccionar sólo con la indignación lo hacían con la mayor serenidad, energía e inteligencia. Yo no tengo ya desventuradamente, experiencia personal sobre lo ocurrido durante los trece meses últimos que he estado ausente, pero creo que acaso los cambios no hayan sido tan radicales. Espero, creo, que la Universidad no será destruida jamás; que de la actual crisis se alzará más perfeccionada y con mayor lucidez y energía para cumplir su misión.

Las crisis se resuelven mejorando la salud de los vivos y nunca antes la Universidad ha representado más ni tan profundamente la vida del Perú. Un pueblo no es mortal, y el Perú es un cuerpo cargado de poderosa savia ardiente de vida, impaciente por realizarse; la Universidad debe orientarla con lucidez, «sin rabia», como habría dicho Inkarri y los estudiantes no están atacados de rabia en ninguna parte, sino de generosidad impaciente, y los maestros verdaderos obran con generosidad sabia y paciente. ¡La rabia no!

Dispensadme estas póstumas reflexiones. He vivido atento a los latidos de nuestro país.

Dispensadme que haya elegido esta Casa para pasar, algo desagradablemente, a la cesantía. Y, si es posible, acompañadme en armonía de fuerzas que por muy contrarias que sean, en la Universidad y acaso sólo en ella, pueden alimentar el conocimiento.

La Molina, 27 de nov. 1969.

[Aparte] J. M. Arguedas (1983).

Al Rector y alumnos Nota aparte

Si a pesar de la forma en que muero ha de haber ceremonia, y discursos, les ruego no tomar en cuenta el pedido que hago en el «Ultimo Diario» con respecto a los músicos, mis amigos, Jaime, Durand o Damián Huamani, pero sí el de Alberto Escobar. Es el profesor universitario a quien más quiero y admiro, él y Alfredo Torero. Anhelaría que Escobar leyera el «Ultimo Diario». Digo que

no se tome en cuenta lo de los músicos no por otra razón que los inconvenientes de cualquier índole que puedan haber. Además ese «Diario» es más que un pedido expresión final de anhelos y pensamientos. También, sí, confirmo mi deseo de que, si han de haber discursos que sea un estudiante de La Molina. Dispensadme.

J. M. A.

Espero que mi esposa Sybila Arredondo no tenga inconveniente en cobrar lo que me corresponda de haber por este mes. Ha de necesitarlo.

J. M. A.

28 de Nov. 1969

Elijo este día porque no perturbará tanto la marcha de la Universidad. Creo que la matrícula habrá concluido. A los amigos y autoridades acaso les hago perder el sábado y domingo, pero es de ellos y no de la U.

J. M. A.